

Aquilón

Viento del norte



Poesía

Thelma Nava
Mario Bojórquez
Alejandra Rioseco
Adriana Sing
Rosa María Gaxiola
Tomás Di Bella

Narrativa

Patricio Bayardo
Juan Carlos Ramírez
José Pérez Medina
Óscar Sánchez

Ensayo

Sergio A. Búrquez R.
Sonia Silva-Rosas

NÚMERO DEDICADO
AL JÓVEN POETA
JORGE ALVARADO



SIEMPRE
PREOCUPADOS
POR EL
DESARROLLO
INTEGRAL DEL
SER HUMANO

-
- **TALLERES CULTURALES** • VERBENAS POPULARES •
 - **ACTIVIDADES DE FOMENTO A LA LECTURA** •
 - CERTAMENES Y CONCURSOS • **EXPOSICIONES** •
 - **CONCIERTOS** • **OBRAS DE TEATRO** •
-

ESTO ES SOLO UNA PARTE
DE LO QUE HACEMOS
PENSANDO EN **USTED**



AYUNTAMIENTO
DE MEXICALI

CALLE "L" ENTRE REFORMA Y PINO SUAREZ S/N.
COLONIA NUEVA TEL. Y FAX 554 83 33 Y 552 53 87

ARTE Y LITERATURA A.C.

María Edma Gómez

Coordinadora General

Olga Angulo

Secretaria

Óscar Sánchez Ramírez

Tesorero

Aquilón

Directora:

María Edma Gómez

Subdirectora

Olga Angulo Angulo

Consejo Editorial: Olga Angulo, Aglae Margalli, Óscar Sánchez, Óscar Hernández, Benito Gámez.

Relaciones Públicas: Aglae Margalli, Rosa María gaxiola, Claudia Peralta.

Representantes: Lauro Acevedo, (Ensenada), Sergio Rommel Alfonso Guzmán (Tecate).

Diseño de portada: Elizabeth Algravez

Diseño de interiores: Rosa María Espinoza

Artista plástico invitado en este número:

Gastón Goldsmith

Correspondencia y suscripciones: Arte y

Literatura A. C., Paseo del Valle 1008, Jardines del Valle, 21270 Mexicali, B. C., tel. 65-62-49,

Fax: 56-43-13. Correo electrónico:

aquilon@poetic.com

Registro en trámite. No se devuelven originales no solicitados. El contenido de los textos publicados en *Aquilón* es responsabilidad de sus autores y su contenido no refleja obligatoriamente la opinión del consejo editorial.

Aquilón 13

Viento del norte

POESÍA

4

Thelma Nava

7

Mario Bojórquez

9

Aglae Margalli

11

Max Santollo

13

Alejandra Rioseco

15

Adriana Sing

18

Rosa María Gaxiola

20

Tomás Di Bella

22

e. e. cummings

Traducción: HORACIO ORTIZ VILLACORTA

25

CAMBIO DE JUEGO

Patricio Bayardo Gómez

28

LA HISTORIA DE EMILIO EL ILEGAL

Óscar Hernández

35

¿POR QUÉ LLORA EL PRIETO JIMÉNEZ?

Juan Carlos Ramírez Pimienta

37

FALLECE ESCRITOR DEMENTE

José Juan Aboytia

39

AVENTURAS DE FITO COTA

Óscar Sánchez

42

PENÉLOPE

José Pérez Medina

45

INVENTANDO AL LECTOR

Benito Gámez

48

CUANDO BOHÓRQUEZ ERA AÚN

BOHÓRQUEZ

Sergio A. Búrquez

52

VIVIR ES IMPOSIBLE EN ESTE CARACOL DE

RÍO...

Sonia Silva-Rosas

55

DIVÁN DE MOURARIA...

María Edma Gómez

58

EN LAS LUMBRERÍAS DE LA CALIFORNIA...

Katery Mónica García

Aquilón 13, *Viento del Norte*, es el último número de una primera etapa fructífera de tres años, cuyos objetivos se alcanzaron generosamente: La *Beca Edmundo Valadés de Apoyo a Revistas Independientes 1997* (Fondo Nacional para la Cultura y las Artes), la beca para *Difusión de Patrimonio Cultural 1998* y la del *Programa de Apoyo para la Promoción y Difusión de Exbecarios 1999*; estas dos últimas, otorgadas por el Fondo Estatal para la Cultura y las Artes en Baja California.

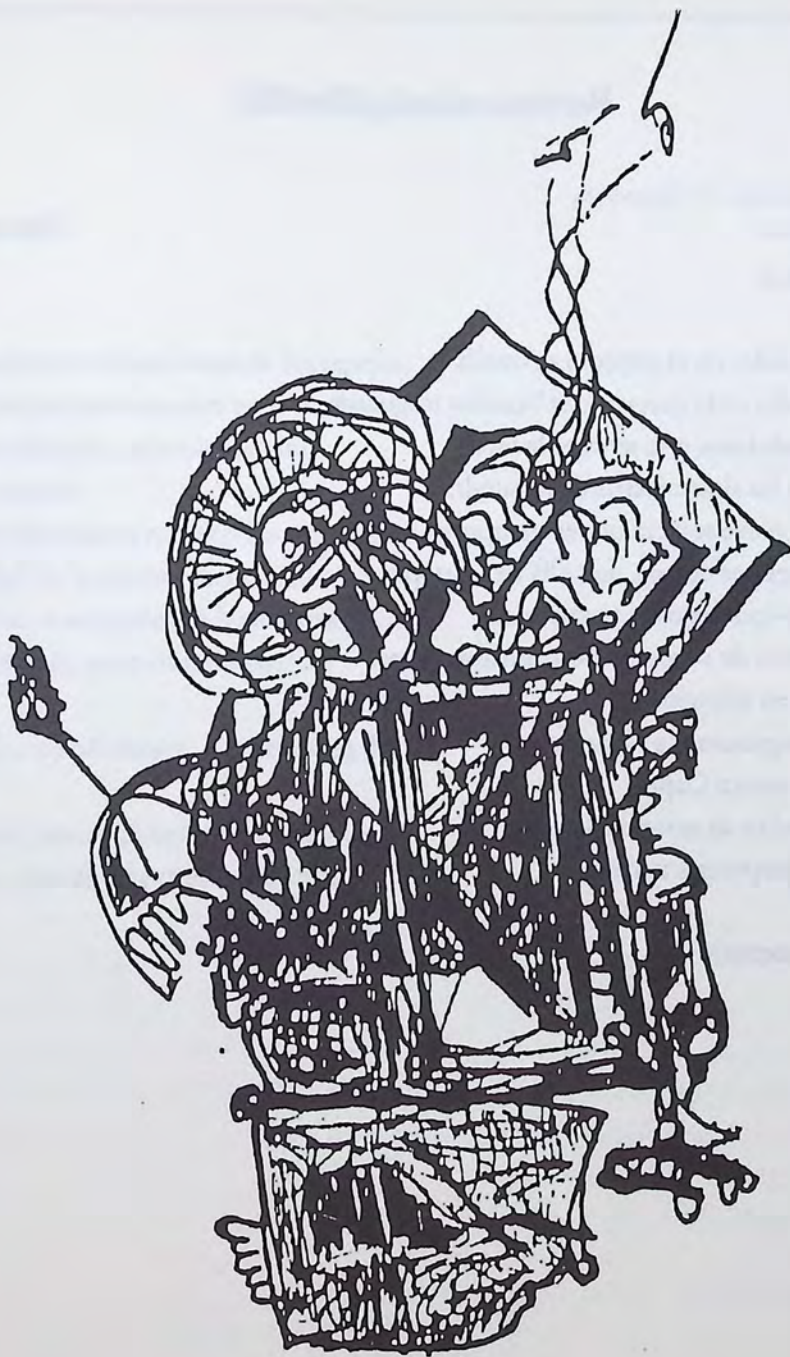
Al final de este ciclo, en el que hemos publicado 13 números, conseguimos una trascendental muestra de escritores y artistas plásticos bajacalifornianos, que de alguna manera permanecerán en las páginas de *Aquilón* para la posteridad. A partir de esta edición, entramos en un período de receso, quizá el suficiente para que *El viento del norte*, *Aquilón* nueva época, vuelva a tomar nuevos bríos.

Queremos agradecer a todos aquellos que apoyaron este proyecto independiente: a los artistas plásticos, a los escritores, a los colaboradores y suscriptores, patrocinadores y sobre todo a los lectores. A todos ellos nuestro agradecimiento por su generosidad y entusiasmo.

En este número, hacemos entrega de una amplia selección de poesía. Inaugura la sección, Thelma Nava, con tres poemas inéditos de su nueva producción, entre los que se destaca el dedicado a Ramón López Velarde, reminiscencia y encuentro con el poeta a través y en torno a una naranja cortada en el huerto de la casa familiar del poeta, fruto que se convierte en recipiente de memorias. En la separata, otra evocación, la del joven poeta mexicalense Jorge Alvarado, recientemente desaparecido, a cuya sentida memoria, dedicamos este número.

Damos la bienvenida al artista plástico Gastón Goldsmith, a quien toca el turno ilustrar portada e interiores de *Aquilón*. La muestra incluye diversas técnicas que nos revelan el proceso de su trabajo creativo en las diferentes fases de su experiencia artística.

La narrativa está inmersa en un tema de actualidad, que de alguna manera nos pertenece no sólo a los que vivimos en esta zona fronteriza, sino a todos los mexicanos. Sea pues una suerte de reconocimiento, a nuestros emigrantes caídos en su intento por alcanzar el llamado "sueño americano".



Resonancia de Amalfi

Thelma Nava

Empieza a deshielar en el trayecto a Amalfi.
Alabado sea el día en la costa que el Vesubio resguarda.
Somos seres anónimos que se traga la tarde.
Nos trastornan las altas cúpulas de la catedral.
Los pasos en la nieve son circulares siempre
al igual que nuestros deseos, más allá de la utopía.
El mar es verde-azul bajo los acantilados.
Nos alimentamos de una sopa de aromados peces.
Bebemos vino en silencio.
Al anochecer regresamos a Nápoles
sin haber visto nunca Capri.
Las olas continúan su cortejo a la costa
como ubicuas serpientes marinas.

Nada es permanente.

Ellos llegan de noche

*¿la poesía? Un caracol nocturno en un
rectángulo de agua.*

José Lezama Lima

Los saqueadores atisban detrás de los espejos.

Oleajes transparentes asoman en la noche
sus conchas irisadas, caracoles ocultos,
corales fantasmas.

Los pasos voluptuosos recogen las arenas nocturnas.

La intimidad de la palabra secuestrada.

Vienen y van, navegantes de las altas mareas,
origen de la vida, gozo imperfecto.

No son ellos los oficiantes, los creadores de
imágenes.

No volverán, pero su huella en los tapices
te dará la certeza de su extraña presencia.

RLV

Una mañana irrepetible me sorprende en tu casa de Jerez.

Me asomo al viejo pozo en que mirabas crecer
con devoción tu infancia.

La foto del niño Ramón que fuiste
me reta a cortar una naranja
en el patio interior de tu morada.

Lo hago a hurtadillas. Huelo su aroma y la guardo en
silencio.

Ahora se ha empequeñecido. En ella caben tus recuerdos
más íntimos.

Las contradicciones de tu vida
y los demonios que nunca te vencieron
y arrojaron tus 33 años

a rodar por esas calles empedradas a las que siempre
vuelves.

Tu rostro adulto en los salones de la casa
desde los baúles que ya no están
nos mira siempre llegar como en un ritual sagrado.

Este pequeño fruto de tu huerta acompaña ahora mi vigilia
y resguarda tu nombre
mientras afuera el mundo cae.

Casida de la envidia*

Mario Bojórquez

I

Cuántas veces deseé ser la sombra de otros
ser la mezquina sombra alargada en el vértice
arrastrada en el lodo
para en el mediodía justo de mi vergüenza
florecer a los pies de otra sombra más baja.

Sí levanté torreones y alarmé fosos ácidos
Pero cada ladrillo, cada hierro ablandado
Fue la marca del diente de la envidia indeseada.

II

Mi corazón entonces se doró en la tiniebla
su almíbar azuleaba el pavoneado fuele
mi alma negra del rojo tomó todo su blanco
cada golpe una angustia, un odio, una indolencia
y el deseo postergado, vivo fuego en las manos
se escurrió como el agua

* Fragmento del poema. Tomado de *Diván de Mouraria*, edición especial realizada para su presentación en Casa Fernando Pessoa, el 7 de diciembre de 1999 en Lisboa, Portugal.

III

El yunque soportaba su lluvia de martillos
henchido apenas fuelle mi ritmo pulmonar
mi corazón de vidrio, mi alma negra, la fragua
¡Ay qué devoración, qué explosiva cohorte
de fuegos y de azufre!

Oro y azul ¿Quién orla su avena madurada,
quién enhebra sombrío sus perfiles de nata?

IV

No importará la historia
su alto crespón anuncia
fuegos artificiales.
No importará, no importa
pendulante el estribo
de su enjambre ardoroso.
La clava envidia enmohece
¡Ay, corazón, su diente!

En las lumberías de la California

"Los signos de la fe"

Aglae Margalli

I

El sueño de los ángeles
cubrió
de celestiales figuras
mi pupila
Mientras dormía
vi
la más grande extensión
de un territorio
que colgaba como un preciado fruto
del tallo generoso
de la rosa del viento
Era una ínsula
extendida
en alas de paloma
abriendo surcos
al ras de la marea
La más grande tierra
de todo el orbe novo
que ojos de hombre
hayán contemplado

Campos de arena
brotando en el atardecer
como estrellas
en el infinito firmamento
naciendo por millares
en cristales de luz
iluminando el horizonte.

VI

Abrazada a la cresta
de una furiosa ola
la vislumbre
como un peñón dorado
emergiendo
en la columna vertebral
del horizonte

A la distancia
las nubes la arropaban
entre jirones de velo
azul celeste

Se hizo la quietud
sin ninguna humedad
sin un soplo de brisa
que acariciara
los agrietados rostros
sin un hálito
que rozara la piel
con suave algarabía

Era la ínsula toda
prodigiosa vid
que se ofrecía
a los labios marchitos
de sedientos viñadores
Y en esa hora suspendida en mis venas
el silencio se engendró
en el círculo latente
de mi pecho.

Enciendo el humo y me crece el ego,
mi lluvia interna se inicia como orfebre
su fragua funde
símbolos y silencio.

A cal y canto guardo la voz
y mis manos rozan los dedos
de otra lluvia.

El oleaje de la tarde le muerde el regazo
al olvido
y el eco de mi última palabra corona
al roble y su recién inaugurada madurez,
su trama revela la faz del espíritu
su tiempo confirma signos.

La ceniza de mi incendio abona la carne de
los ríos

y les florece el nombre,
llegan al mar al tiempo que el polvo
nutre las fuentes.

Abro los labios y se estiran el significado
mis palabras
y mi humo dulce, de tabaco fuerte
sale a torear la lluvia.

*Surge de lo profundo
la memoria del olvido,
la tristeza del mismo adolescente
esperando al amado entre las piedras.*
Elsa Cross

Podría decir que no hago más
que sentir la carne del oficio
aferrarme al esqueleto
Busco la palabra justa
y acuden en mi auxilio
los líquidos del sueño
Abro la boca y entra
la mosca insomne de los días
el tiempo y su severa incidencia.

Diría eso
ya que no puedo por hoy
Me inquietan las sombras en el techo
y la misma tristeza adolescente

Estoy esperando al amado entre las piernas

Canción para mis hermanas*

Entre la noche y el día
se extiende el margen de la infancia
que alguna vez fue sueño
cama blanda
(los días eran lápices
las horas, gatos
los minutos, enormes segundos)
—entonces, quizá la muerte era lluvia—.

La tinta indeleble de los días
almacena en mí su rastro
ya no hay gatos que habiten las horas
ni minutos para desgranar canciones
Hoy la lluvia está en mi rostro
y amanece en él siempre distinta:
las horas son manecillas de los días
los sueños forman mis recuerdos
y los recuerdos, tristes,
se amotinan en mis sueños.

*Los dos poemas de Alejandra Rioseco que se presentan en esta edición, fueron tomados del libro *El requiem de las flores*, de próxima aparición.

De cantos a Heráclito en torno al regreso de Ulises

Adriana Sing

VIII

El hacedor de milagros suda en su sauna favorito
la miseria yace a la orilla de los confesionarios
es el vuelo circular de los cuervos
la anunciación de la muerte

Ahora sé que el verano es una estación permanente

IX

Es mediodía
inútilmente el tiempo emerge de sus ruinas
esto que soy ya es pasado
y sin embargo sueño
miro arder la ciudad desde lo alto
mientras la noche se instala en la memoria
negro el exilio
negra la ausencia de Dios
un gallo canta a lo lejos escucho

X

Tiembla la hoja en el árbol y sin embargo cae
 abro los ojos y muere el instante
 desposeído de olvido muere
 nadie recuerda quién soy quiénes somos
 violentos perseguidores del silencio
 del tiempo que irremediamente todo lo destroza
 habría que roer este lamento y convertirlo en poema

XI

Digo que no ha de cantar el pájaro lo juro

XII

Condenada a las sombras la llama crece inmensa
 ¡Ah, la palabra! ¡esa puta!
 te nombro ahora que el espanto devora mis ojos
 ahora que el deseo arde y pasa y perdura
 atrás la hora suave de imperturbable paz
 el mundo que descansa a la orilla de tus labios
 queda el intento calcinado en la hoguera
 nadie responde nada

XIII

También octubre engendra lilas de la tierra muerta
bajo el día que se adivina en el clarear del alba
mueres en cada hora que pasa y se desploma inmóvil

XIV

No hay consuelo suficiente:
cruel es el tiempo de amar:
uno el miedo

XV

Habrà que enjugar el odio en la ribera de la historia
llenarlo de peces y bendecir entonces la otra muerte
la daga se hunde en los pliegues de la carne
cae la lluvia en el mundo y nos amamos

Soñar

Rosa María Gaxiola

Viene la noche
obscura.
Me arropan tus brazos.

Vestida de luna
Duermo
Verde laurel te corona.

Cobras vida al tocarte,
danzas,
melodía que el viento deshace.
vibrante transparencia,
burbujas.
Cascada de risas.

Verano

Sueña el sol,
Tormenta de luz,
Incendia los algodones.

El verano matiza
el desierto, viste el valle
anaranjado resplandor.

Sombras fantasmales
—indios nómadas—
espejismo reflejado
en la Laguna Salada.

Poema

Tomás Di Bella

A Delia Flores, in memoriam

Un aire rotundo y cálido, tristón
Que viene soplando desde la desertada planicie
Me remueve el recuerdo y las vivencias, Delia,
Es un viento que se arremolina entre objetos en precisión y ubicuidad
Innombrables e inermes
Como acariciándolos en su juguetería
Arenoso viento caliente
Que vuelve una vez más a delinear y remover
A desubicarlos de su lugar
Es un inútil viento empecinado
Y terco en darle vida a cosas y maneras y gestos
Que penden de la incandescencia del sueño
O en la memoria aferrada a tu larga y transparente sonrisa

Este viento insiste en poner a danzar, querida,
Los utensilios de la cocina
A que salte alegre la verde ensalada
Que el aceite de oliva imite la brillantez de tu mirada
En la horneada de una noche de grandes amigos
En esa velada de charlas y vino

Justo en el momento en que todos entrábamos
Al misterio verde de la boscosa pintura en el muro. ..

¡Oh, viento testarudo! ¡Ingenuo viento!

No sabe que el vaivén de tus manos mostrando la joyería
Es una forma de darnos las bondades del alma
O que el modo de abrirle la puerta a tu fiel perro
En realidad era darle cabida a la verdad en tu casa
Que la mirada que nos enseñaba al náufrago del cuadro
Era una guía para las tormentas que enfrentabas
O que tus manos al tomar la sonrisa de mi amigo
Se tornaban sombras chinas, mariposas a ras de flor

Ese viento no sabe que los gestos
Las maneras, los rumbos de tu vida
Son para siempre, Delia,
No se mueven
Ni hay fuerza que los elimine.
Se quedan acá, en la vida.

E. E. Cumming

dios goza sobre Ella hermosa piel. Anda
sobre las distancias de Ella cuerpo verde entre cosas vaga
cosas fuera de escena, obscenas las cosas (cuyos dedos en mocedad
curiosamente estafan cada perforante edad)
pero acomete su hambre vuela allá
suave sobre costas en furia

deja su sonrisa a decolorar,
y su sangre paralítica oye en el frágil "otra vez"
de su lengua los bríos y amoríos—liquidez—
dios es el mar. Todos los terrores de su ser
irrumper ante esta horrorosa su más vieja creación
cuyo gesto profetiza dilatado redención
de un caos fantasmal en este peligroso anochecer
dios adora a Dios por entre espacios al lamentar
(¡he aquí!
donde castas estrellas se rizan en terror y su brillar)

*Versión de Horacio Ortiz Villacorta.



Cambio de juego

Patricio Bayardo Gómez

Por el camino enfangado, entre cañaverales mojados de rocío, con el sopor de una tarde de verano, el autobús lleva su carga humana a un destino habitual. El hilo se desmadeja a lo largo del camino en horquetas convencionales, a trechos se alargan las cercas de piedra, la madeja de ixtle se aprecia lenta, tensa, entre interminables hileras de cercos de alambre, sujetas a troncos de árboles de todas las procedencias.

Al filo de las cuatro de la tarde se difumina un lento vapor. El aire es cálido. A la salida del primer ingenio hay charcas que recuerdan un melado descompuesto, semiestancada el agua, achocolatada, flotando en pequeñas olas de lado a lado. Dos cactáceas de afiladas hojas señalan el inicio de otro territorio.

Se recorta la chimenea del ingenio como un cigarro a medio quemar. Recuerda una marca ovalada fuerte y pegajosa. La calzada es larga y aburrida, si es que se le puede llamar así a la en-

trada a la exhacienda e ingenio contiguo, de orígenes revolucionarios y con el nombre de Refugio, extensa y aburrida, llena de monosílabos.

Parece como si el camión no avanzara, si se hubiera quedado detenido en una cuneta, con las muelles contrahechas, y el motor zumba y dale que dale, y el chofer gritándole imprecaciones al ayudante, la gente desesperada, miedosa, a punto de abandonar la nave, recogiendo los tiliches.

Las ventanas van abiertas y el humo del cigarro provoca la detonación de estómagos; señoritas empiringotadas, ancianos, niños desnutridos, dejan la comida en las ventanas. No hace ni cinco minutos el camión corría a cincuenta kilómetros por hora en la carretera, el viento volaba periódicos y peinados, un sueño parecía ese trecho, para luego descender al camino terroso.

Ahora el cordel va en sentido contrario, se desmadeja, pierde su tensidad, es el regreso, allí había permanecido esperando el retorno, fiel, con



la consistencia esclava de un fiel perro; se descubre lentamente, nadie lo sabe ni lo ve.

Primero una larga recta. Luego un recodo. Después un vado y la cuesta. Rodear un cerro entrometido que semeja una morona de pan con sabor de piloncillo. Aparecen unos ojos de agua zarza. Una valla de pirules. Las primeras casas del pueblo próximo y sus señales; el niño embozado que está en la puerta de la casa, la muchacha con la cara en el pocito, una anciana que deja el azadón, las huertas con mangos, frutas y melones, guayabas, los ojos de un rostro colectivo con la vista en un camión de pasajeros que pasa.

Rótulos de tendajones, la risa ingenua, la señal pícara, el olor a humo, mezcla terrosa y acidulenta, como la piel, la ropa usada, el vaho, la mano agrietada que saluda, lóbrega la plaza. Abandonados para siempre los portales de antigua casona. Mudo el reloj de la escuela. La torre de la iglesia con un remate poliédrico. Apenas abiertas unas puertas.

Baja y sube gente. Viejos y nuevos rostros. Nuevamente. Se apagan los cortos adioses. La unidad da marcha atrás y el viraje se reemprende por la calle en «ele» y a retomar la fatigosa brecha.

II

—¡Niño! ¿qué estás haciendo?

—Nada, Nina... jugando.

Por el norte se despliega el caserío. La espadaña del templo de "Los Dolores" luce huérfana de campanas, incautado desde la cristiada. Es sábado. Desde temprano hay duelo de bronces: metales graves, sonoros, desgajados, se unen a tintineos alegres y casi infantiles. Verdea el cerro El Colli. La cromaticidad azul de la mañana, va a tono con la nitidez de la capital niña, con pretensiones de adolescente.

La azotea es ventana al poniente. Brumosa se transparenta la tetilla del antiguo volcán de Tequila. Se adivinan los límites de la ciudad. Caserío entusiasta, pleno. Ropas echadas al aire. Torres de diversa hechura. Pararrayos. Miradores y balcones de una antigua Quinta rodeada de vecindades con un solo patio.

El silencio de la calle se interrumpe por el chirriar de frenos de un autobús que viene de Zapopan y tiene un letrero que parece en clave "Extranviarios". Voces de afiladores, zapateros remendones, vendedores de carbón y el silbato del cartero, le dan el toque melódico, vocinglero, de un viejo pregón pueblerino.

III

Son más de las cinco de la tarde. Atrás quedó Teuchitlán, monótono e impenetrable. El valle intensamente verde e inabarcable a primera vista, se extiende firme, custodiado en contraparte por el cerro de Ameca, muro recortado a la manera de una perfecta curva gaussiana. Las nubes parecen de azúcar y se esparce el olor a caña cocida. Cerros y colinas recién bañados. Manchas de pinos ya verdes, ya azules. Hombres a caballo en el retén vespertino, con la china olas mangas en la grupa. Es tiempo de aguas.

¡Run-run-run! El chofer bromea a ratos y advierte el siguiente obstáculo, pulsa confiadamente el enorme volante, prueba el parabrisas, ve de

rejo el velocímetro, sube y baja la palanca de velocidades, los pies no se dan abasto con el *clutch* y frenos. La gente va ensimismada. Al mayor discursero se le terminó la chispa, dormita. Olor a gasolina, humo, naranjas, cigarrillos, ropas nuevas. El letrero dice "cupo treinta pasajeros". Altos los respaldos, fuertes las parrillas "porta velices", trasmutados en cajas de cartón, escondite de aguare y encargos.

IV

—¡Niño!... ¿ya hiciste la tarea?

—Ya, Nina Chole.

Hace un mes se iniciaron las clases. Acaban de construir la escuela y huele a pintura fresca y cemento. Se estrenan nuevos textos que hay que adquirir en la librería de los hermanos Font. Diciembre está retirado. No hay traza que termine la mañana.

La plaza de armas luce engalanada a más no poder. La algarabía del pueblo se mueve al compás de las marchas y vales, se deslizan las parejas y grupos de muchachos y muchachas, jubilosos, mirándose las caras, en plena acechanza; el corazón danza rítmico con las emociones de cada noche, desde el trece hasta el dieciséis, la obsesión de las vueltas, el manojo de santamarías en los brazos, la mirada furtiva, el coqueteo —"aviéntatele"—, la trova incipiente, ristras-castillo-cohetones, la balacera de las once con el grito—"si me quieres déjame vivir/ déjame saborear la vida entera"—, la última vuelta con "si" en la bolsa, el beso furtivo en la ventana con aquellos labios que sabían a piloncillo, la mañana en que parte el tren, el adiós.

V

Una ligera corriente acarrea el aroma del campo, maravillas y lirios ofrecen el suave tono que colinda las sementeras. Pasando la desviación de

"El Carmen" hay una subida, se fuerza el motor para salir adelante de un arroyo rebelde. Ya en la meseta los cerros van aclarando sus contornos. Se comienzan a encender las luces de la mina, lote solitario, en una incipiente oscuridad que desciende desde la eminencia de la sierra.

Se enciende un fogón. No falta mucho para que termine la recta y se inicie el descenso, mientras va incrementando el contentillo y la música por dentro, y las primeras señales aparezcan: la cúpula como un enorme espigón, el chacuaco destruido de un trapiche, el puente y las primeras luces de Ahualulco.

VI

Desde la azotea el poniente es el más oteado de los cuatro puntos cardinales.

Junto a una ventana se improvisa un banco, éste se transforma en el asiento de un autobús, allí está el volante, los frenos, el *clutch*, el velocímetro la palanca de velocidades; se siente el vocerío, el humo de cigarros, el sabor de los gajos de naranja, las carcajadas de discursero, el muellar del camión, el ruido de las aguas al pasar una cuneta, el ronquido sordo del motor —run-run-run—, la voz humana intenta reproducir en onomatopeya imperfecta el ruido acompasado de la máquina, en un tono bajo, apenas audible, una y otra vez, hasta el hastío.

El chofer imaginario recuerda el regreso, en un desesperado e inútil intento de hacer un viaje. Una vez llegado al destino, no hay nada que hacer. El carrete está tendido hacia el poniente pendiente para ser desenredado.

Pero... ¿a qué estás jugando? ¿Y solo?, ¡bah... qué ocurrencias!

Ante la desesperación de no haber un pronto retorno, se cambia de juego.

Frontera norte

La historia de Emilio el ilegal

Óscar Hernández

UN RELATO DE ILEGALES, POLLEROS, CANDIDATOS, MINITRANSAS, PROSTITUCIÓN Y NOBLEZA HUMANA, SITUADO EN MEXICALI, EN LA FRONTERA CALIENTE, DONDE CONVIVEN LA RIQUEZA Y LA POBREZA, AÑO 1989. UN RELATO VIGENTE QUE TRASCIENDE LA FRONTERA DEL 2000.

1

La historia empieza con el rótulo que anuncia el nombre del poblado de Los Algodones. Un hombre joven llamado Emilio se acerca a una deteriorada casa de madera en donde una mujer tiende la ropa que lava en una tina. Al principio, la mujer lo mira con desconfianza, no escuchamos el diálogo pero vemos que ella le hace una señal a Emilio, le pide esperar. En un momento, la mujer sale de la casa con un plato de frijoles y tacos en tortillas de harina.

La mujer continúa lavando en tanto Emilio empieza a comer lentamente, sin sonreír, sentado sobre un viejo carro abandonado frente a la casa de la mujer. La calle sin pavimentar con casas a medio construir y niños jugando; son los tres hijos de ella y los niños vecinos de quienes nos llegan sus voces y risas.

La mirada sin expectativa de Emilio (con barba en días de abandono, un maletín del mundial de fútbol México 86, una camisa de mezclilla amarrada en la cintura y una gorra con letrero en inglés) nos lleva en un recorrido por la calle: escuchamos ruidos de carros que transitan, voces de transeúntes, el sonido de un carro de propaganda comercial anunciando: "aceite de hígado de

tiburón para las enfermedades de los niños", con una voz de merolico profesional.

La desolación que siente Emilio nos llega a través del paisaje que contempla sin la menor afectación emocional. Al terminar la comida, entra al patio de la casa donde la mujer lava la ropa; primero le da las gracias devolviéndole el plato, después se presenta, su tono es humilde y de agradecimiento, la mujer lo interroga sobre su procedencia; ella escucha a Emilio sin dejar de lavar, el ilegal empieza a contar sus desgracias. Emilio se sienta sobre una caja de cerveza y habla de su reciente deportación, trabajaba en la pizca de lechuga en Yuma, Arizona; su voz nos lleva a los campos lechugeros del sur de Arizona.

2

En un pequeño restaurante mexicano de Yuma, Arizona, llamado Lola's Mexican Food, leemos en la modesta pared el anuncio: "tostadas, tamales, menudo, burritos, pozole". En uno de los barrios mexicanos de Yuma, la raza cósmica se ve por todos lados al atardecer; los pizcadores que comen en el restaurante lucen sus botas y pantalones enlodados.

Terminaron la jornada, están echándose unas cervezas con burritos, mientras en la T. V. que está

colocada sobre un refrigerador, el comentarista chicano del noticiario de las seis, empieza a informar sobre la aprobación de la *Ley Simpson/Rodino*.

Los pizcadores escuchan la noticia, al parecer sin entender, o bien con manifiesta indiferencia, cuando el comentarista termina —y empieza a hablar sobre el clima—. Uno de los pizcadores, un anciano con cara de indio, le pide a Emilio que apague la televisión, dándole unas monedas para que ponga a funcionar la sinfonola.

Emilio se dirige al baño, en donde se escucha a alguien hacer del “dos”, mientras unos paisanos fuman mota y orinan. El ilegal sale del baño y se queda viendo una jugada de *pool* en la vieja mesa de billar, ve a dos compañeros de labores que se empeñan entre maldiciones y botellas de cerveza; Emilio llega a la sinfonola y pone música, “El ilegal”, una movida cumbia nortea, después algo de José Alfredo Jiménez que dice “...*el mundo es una cantina tan grande como el dolor*...”

El ambiente se inunda de filosofía popular.

Regresa a la mesa que comparte con el viejo y otros compañeros, todos platican animadamente, hacen bromas con la encargada del lugar, una señora maquillada en exceso; con palabras pícaras para los clientes, esta mujer se parece bastante a la señora que lava ropa en Los Algodones.

3

Ya entrada la noche, los paisanos se van retirando en pequeños grupos hacia una vieja casa en donde rentan cuartos compartibles, ubicada cerca del restaurante.

4

Emilio llega a su cuarto y se acuesta vestido sobre el catre de lona. A las tres de la madrugada suenan los relojes despertadores y los paisanos se levantan adormilados. Preparándose para las faenas del día.

5

Los pizcadores caminan friolentos hacia el estacionamiento de la gasolinera en donde abordan los caminos que los llevan a los campos de cultivo.

6

A las ocho de la mañana empiezan a llegar súbitamente los vehículos anfibios de la patrulla fronteriza, los agentes proceden a realizar una aprehensión masiva de indocumentados, también llamados ilegales.

Todos los pizcadores son interrogados, los que no tienen forma de comprobar su estancia legal como inmigrantes en Estados Unidos, son agrupados y trasladados a un camión especial.

El viejo con cara de indio es esposado y conducido junto con Emilio. Cuando los lleva un oficial texano *ex-marine* a empujones atravesando el campo de lechuga, el indio recuerda —y nos conduce con cámaras y micrófonos— a su vida de pescador en la costa nayarita. Sentía angustia como cuando soñaba que se quedaba solo en una pequeña barca mar adentro. Sus recuerdos terminan al abordar el camión extralargo que conduce a los ilegales al centro de detención. En su recorrido, el camión pasa frente al restaurante Lola's, la señora que atiende a los clientes mexicanos se persigna con unos dólares que después acomoda dentro de su amplio busto.

Escuchamos el rugido del motor del camión, unos payasos cruzan por la calle, se ven algo mal, llevan botellas de licor y caminan con dificultad, hablan del sueño americano y bromean entre maldiciones, sus voces bajan de intensidad hasta que se dispersan en un ruido caótico.

7

Después de una semana de cautiverio y habiendo sido fichados, Emilio, el indio Absalón y un grupo de ilegales, son transportados hacia su deportación por Los Algodones, Baja California.

Al arribar a Los Algodones, el viejo indio se separa del grupo para internarse —con su morral al hombro— en una calle que desemboca en un gran paisaje desértico.

Emilio descansa en el patio de la aduana cuando descubre que el escaso dinero restante, desapareció después de una auscultación practicada por los agentes mexicanos de migración. Se pone a caminar por el pueblo mostrándonos en su recorrido la pobreza de la urbanización fronteriza. Llega a la casa de la mujer que le regala comida.

9

Volvemos a la escena de Emilio hablando con la mujer lavadora de ropa. El ilegal se despide diciéndole a la mujer que piensa regresar a Sinaloa, en donde trabajaba de peón en una huerta. Ella apenas sonríe y empieza a llamar a gritos a sus tres pequeños hijos que juegan en la calle de tierra, los llama a grito abierto: “¡Luis... Pepe... Miguel...!”

Emilio se dirige a la salida del poblado, se pone a pedir aventón junto al letrero que anuncia las ciudades vecinas. En todo lo que resta del día, no consigue que lo lleven hacia el sur, por lo que decide quedarse a dormir en Los Algodones, al lado de un templo adventista.

10

En la noche, mientras Emilio se acomoda al lado del local religioso, escuchamos la voz del pastor que habla de Jehová y de los crueles tormentos que impartirá a los pecadores, es una voz excitada la del pastor norteamericano, que tiene dificultades con el español.

11

Al siguiente día, muy temprano, Emilio llega a la casa de la mujer que le dio de comer. Ahora ella barre afanosamente la parte de la calle sin pavimentar que le corresponde; los niños juegan dentro del carro abandonado, su juego consiste en una huída



intrépida en el carro averiado, al parecer los persiguen *gangsters* armados, ellos sacan sus pistolas de palo y responden al ataque.

De nuevo la mujer le brinda comida; Emilio nunca entra a la casa, inician un diálogo animado; la mujer se ve más arreglada, hasta sonriente.

—¿Qué pasó, no te fuiste a Sinaloa?

—Nadie se paró para llevarme, no quieren que regrese a las huertas de mango de don Prístino...

Uno de los niños recibe un imaginario “rozón” de bala y los demás lo auxilian, aceleran el vehículo y dan una vuelta bombérica, mediante gruñidos imitan el ruido del motor a toda marcha. La mujer barre restos de carteles políticos, provenientes de un candidato a diputado local, se escucha la algarabía de los niños.

—¿Por qué no te vas a Mexicali? De ahí puedes cruzar de nuevo, ahora a California, a ver si te cambia la suerte...

—¿Mexicali? —Emilio encoge los hombros— ¿Está muy lejos? —La mujer no responde y continúa barriendo. Los niños al fin liquidan a sus perseguidores y celebran su triunfo.

Emilio de nuevo en el patio de la casa de la mujer,



Fragmento: *El reino del conquistador*

come y piensa en la propuesta de seguir la aventura. Su mirada nos conduce de nuevo a la calle por donde pasa un verdulero tirando de las riendas de un viejo caballo tristísimo. La mujer llama al verdulero que trata de escabullirse del intenso tiroteo que los chicos del carro le propinan.

—Don Juan, necesito unas papas...—la mujer se acerca a la carreta y se pone a escoger algunas verduras.

Cuando Emilio termina de comer llama a la mujer que se ha introducido en la casa, le dice:

—Doña, ¿no me deja darme un baño? — Le pregunta con cara de bondad.

La mujer no responde, sólo le hace una seña para que le siga hacia un pequeño cuarto, en donde está la tina de lámina para el baño, los baldes y la piedra pómez.

Emilio se baña a jicarazos mientras escuchamos los corridos nortños provenientes de un radio de los vecinos.

12

Emilio llega a Mexicali en una mañana de fuerte viento, la polvareda arrastra basura por el centro de la ciudad, en donde Emilio camina admirando los

sacrificios y milagros de la vida cotidiana. Atraviesa el puente Colorado contemplando el Río Nuevo, se dirige a la colonia Pueblo Nuevo; pregunta a la gente el nombre de las calles y la cercanía del domicilio de la comadre Carmela, a quien lleva un recado de la mujer de Los Algodones.

La comadre Carmela vive en una cuartería de Pueblo Nuevo y conoce a algún pollero que puede llevar a Emilio a trabajar a los campos agrícolas del sur de California. Carmela lava y plancha ajeno; su hija Eduarda trabaja de prostituta en una cantina de la calle Cuarta; su hijo es un joven delincuente que distribuye droga al menudeo, con un currículum carcelario de respeto.

La comadre Carmela le está sirviendo la comida a su hijo Arturo, al tocar la puerta el ilegal, Arturo se asoma nervioso por la ventana, después abre lentamente la puerta y mira con desconfianza a Emilio.

—Me manda la señora Adela, de Los Algodones; me dijo que le diera este recado a su comadre Carmela —extiende el papel hasta Arturo, que viste con un atuendo de cholo y tatuajes en los brazos. El hijo de la comadre Carmela sonríe burlonamente, llama a la mamá.

—¡Jefa!... ¡aquí la buscan!

Doña Carmela lee la nota e invita a pasar a su modesta vivienda a Emilio el ilegal.

13

Emilio camina por la calle cuarta de Pueblo Nuevo, en la zona de cantinas turísticas, salió a buscar trabajo para reunir el primer pago del pollero que lo llevará al otro lado.

En la calle vemos camiones repartidores de cerveza estacionados temerariamente y de donde extraen cajas y más cajas, personas que barren las banquetas, algunos borrachos trastabillando y ciclistas.

Después de deambular un buen rato por el viejo centro de la ciudad, que incluye a Emilio viendo hacia Estados Unidos por el cerco fronterizo, el callejón de La Chinesca con sus puestos de ropa. Las vías del tren que congestiona el tránsito. Emilio entra a un hotel de paso, El Campesino, solicita trabajo y es rechazado, después, ya entrando la tarde, regresa por la Calle Cuarta. Con gran sorpresa descubre a su compañero ilegal, el indio Absalón, que está encendiendo fuego en un puesto de tacos, el humo denso cubre al indio quien saluda entusiasmado a Emilio.

Platican afuera del bar el Molino Rojo. Llegan los clientes al puesto, Absalón parte la carne y prepara los tacos auxiliado por una niña. El indio le propone a Emilio que entre a trabajar de mesero al bar el Molino Rojo, él conoce al encargado del bar y el asunto se puede arreglar.

14

Emilio se desempeña como mesero en el bar el Molino Rojo, va de la barra a las mesas, la banda interpreta música norteña, en una pequeña tarima la bailarina Dulce Karina se mueve desnuda siguiendo la música, ella es joven y hermosa, disfruta de su trabajo mientras los parroquianos le lanzan besos y le hacen proposiciones comerciales.

Al final de la jornada, Emilio acomoda mesas y sillas, observa cómo Dulce Karina discute y pelea con tres clientes, ella no quiere acompañarlos hasta llegar previamente a un acuerdo monetario. Absalón bebe una cerveza perdido en la oscuridad, solo y callado tiene una mirada de ironía. Los clientes pendencieros portan armas, al parecer son agentes judiciales porque sacan a rastras a Dulce Karina, mientras Emilio observa sorprendido la escena.

15

Después de algunas semanas de trabajo, Emilio se hace amigo de Karina. Un domingo van a comer a un pequeño restaurante de chinos.

Ella tiene a varios clientes que la acosan en la calle, en el bar, en el hotel El Campesino, donde comparte un cuarto con una amiga de Tijuana.

16

Emilio la va a visitar una mañana al cuarto del hotel, hacen el amor vigorosamente; Karina tiene amplia experiencia y conduce las operaciones, la vemos desnuda con toda su belleza convulsiva.

17

En la noche de un sábado, el Molino Rojo está repleto de gente, las parejas de bailarines chocan unas con otras. En una de las mesas, un grupo se divierte, se trata de Nick Bolas y sus muchachos. Nick es narcotraficante y ha "quemado" a un par de judiciales a quienes entrega dinero a cambio de mercancía y protección. Los representantes de la ley entran sigilosos al bar, se acomodan en una mesa apartada de la pista de baile, desde ahí vigilan los movimientos de Nick Bolas.

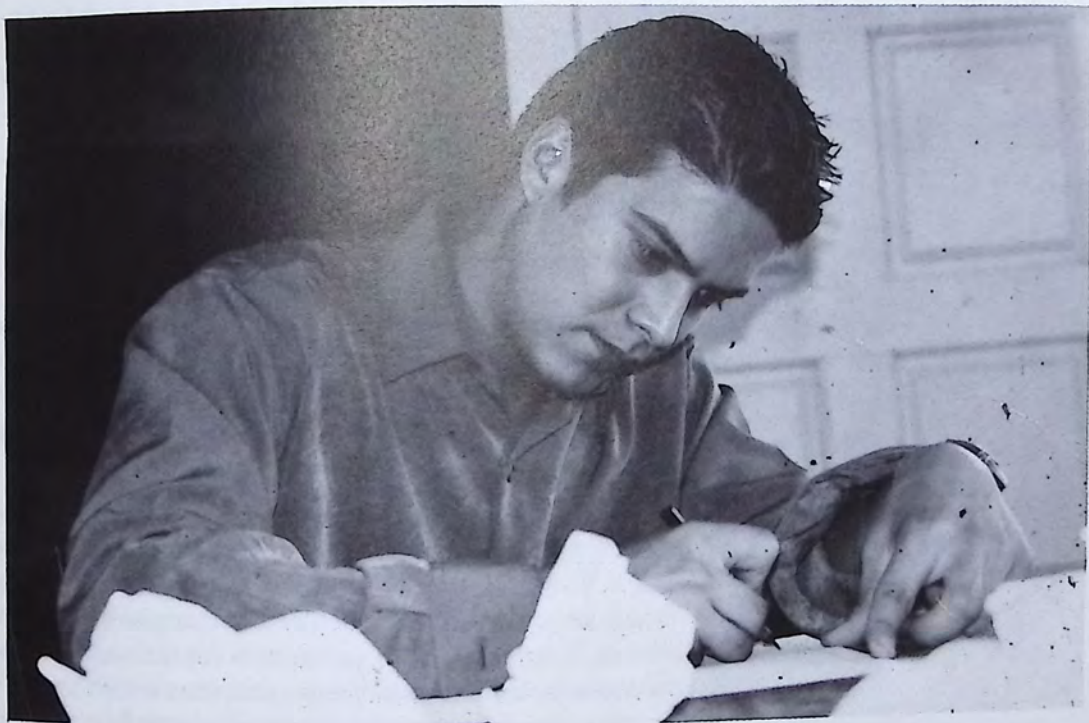
Esa noche toca la banda de Omar y los Tuétanos; un grupo de música norteña de fama local.

Emilio lleva botellas de brandy a la mesa de Nick y su gente, ellos están gritando, piden que empiece la variedad... ¡Queremos a Dulce Karina! Corean entre carcajadas, hasta que los "Tuétanos" dejan de tocar y aparece el maestro de ceremonias, haciendo chistes de fonomímico homosexual.

Después anuncia a la primera gran estrella de la noche, La Cachora Cromada, una mujer entrada en años que calienta la cena al son del *cuchi cuchi*. Todo es algarabía, pues la Cachora se aproxima hasta lo inconcebible a la vela. Nick le ordena a Emilio una botana de colitas de puerco.

El turno es de Dulce Karina quien empieza a bailar con una pista de *rock*, durísimo, escuchamos guitarras enérgicas; la gente grita, aplaude y bebe a raudales.

Jorge
Alvarado in
memoriam
(1975-2000)



Sembrando Torres

Fragmento de un poemario inédito



Jorge Alvarado - Claudia Fariña

Suplemento **Aquilón** Revista de Arte y Literatura No. 13
Publicado con el apoyo del Instituto de Cultura de Baja California

Jorge Alvarado: *dignidad de Icaro*

Jorge Ortega

Al llegar a la cima se detuvo para mirar por última vez el desierto

J. ESQUINCA, "Nacimiento de las alas"

*¡Poseamos la mar eterna y salada, la gran rosa gris! ¡Levanto un
brazo hacia el edén! ¡Avanzo rumbo a la mar de las entrañas de
uva!*

P. CLAUDEL, "El espíritu y el agua"



Nativo de una villa rodeada por las arenas de un mar fosilizado desde los anales de la pangea, hubo un joven que creció entre las vastedades del aire. Como una cactácea a mitad del llano límpido, las estaciones del año fueron así una abundancia de oxígeno, un ir y venir de materia respirable, un océano de éter. Como una cactácea a mitad del llano, no brincó de continente a continente con miras a mudar de atmósfera y entorno; permaneció en la misma coordenada fiel a las correrías ubérrimas del viento bajo el signo de la primavera. Creció escuchando los soplos de la época entre las cavidades ciudadinas, los ecos marciales entre las cuatro paredes de su itinerario. Eligió por destino el caramillo, y con éste optó por cantar las veleidades de la villa; se convirtió en poeta de la ciudad.

Pero tanto osó por incorporar a su bitácora de apuntes las sonoridades del sol, que pretendió acercar la grabadora del oído a las radiaciones del astro. El joven poeta se lanzó a vacacionar al arenoso bastidor de otros desiertos: cuencos igualmente kilométricos como los de la aridez natal pero ahora ocupados por la estadía de las aguas milenarias. Ahí el océano, ahí la metáfora del mar como una eternidad gemela a las arenas memoriales de

Creció escuchando los soplos de la época entre las cavidades citadinas, los ecos marciales entre las cuatro paredes de su itinerario. Eligió por destino el caramillo, y con éste optó por cantar las veleidades de la villa; se convirtió en poeta de la ciudad.

.....

la niñez, ahí el espejo adicional frente a los ojos como una realidad todavía desconocida. Con premura adolescente, el poeta se alzó sobre la punta de los pies con miras a igniciar su experimento. No debió callarse hacia sus dentro, como el joven Icaro, el tarareo de una sentencia premonitrice: "No vuelles tan alto para que el sol no derrita la cera de tus alas, ni tan bajo para que el mar no las humedezca".

Entre el desierto de la villa natal y el desierto de la bahía funesta: el agua salada. Bajo el pestañeo de un espejismo y los reflejos del agua salada: el desierto, sustrato de un destino etiquetado desde la niñez por la hospitalidad de las arenas. Como el aire, el aguamadre registró las facciones del joven poeta; deseó acoger en su regazo de anémonas fosforescentes la agonía de este Icaro caído desde los trampolines del azar. Ironía de los fluidos: el viento del desierto le dio vida, muerte el agua de ese otro desierto que es el mar. Pero si los desiertos anegados por el viento no son sino piso de mares cenozoicos, tarde o temprano —tal vez en tiempos del Juicio Final—

reencontremos de nuevo a nuestro joven poeta animado sobre la rampa de la playa como un Rimbaud apocalíptico eximido de embrollos finiseculares, pidiendo aventón a los carruajes celestiales rumbo a la dinámica de otra eternidad.

Con esta alegoría me permito recordar al joven poeta, narrador y crítico Jorge Alvarado Robles, nacido en Mexicali el año de 1975 y recientemente fallecido a punto de alcanzar sus primeros 25 años de existencia corporal, dado que, como en el curso de todo escritor, la herencia literaria continúa respirando: organismo vivo en que reencarna el nombre y el humor del autor físicamente desaparecido. Sin embargo, a un par de meses de haber sido sepultado, ningún enfoque para acercarnos a su persona es todavía más admisible que el de la subjetividad emotiva; por ello este mínimo homenaje intenta oportunamente presentar una muestra poética del novel autor como la mejor forma de ratificar su permanencia inmortal. Leyéndola, sembraremos el germen de la inquietud interpretativa, lo cual en un futuro no distante será el punto de

partida ideal para emprender —entonces sí— una lectura analítica de su obra desde la apreciación plural.

La dignidad icárica de Jorge Alvarado radica en su tesón, en la firmeza para contrariar la advertencia de los elementos con la misión de capitalizar el peligro momentáneo en una ética creativa. Jorge Alvarado pasó la tarde ante el mar y no temió su bravura, tal cual Icaro desatendió la precaución dictada por Dédalo. Jorge Alvarado no tuvo más Dédalo que la propia conciencia: él sabía lo que hacía, olió el riesgo pero su curiosidad sensorial era grande, tan grande como la rozagancia de Icaro en torno a los cabellos flamígeros del sol. Entusiasmado por el vuelo, Icaro comenzó a rozar la zona prohibida: entonces sus alas se derritieron y cayó sobre la costa del Egeo, ahogándose. Así Jorge Alvarado, alborozado por el contacto con las aguas frigoríficas del puerto de Ensenada en la costa del Pacífico. Móvil de su baño: tal vez el testarudo afán por obtener la percepción extraordinaria capaz de generar un monumento poético similar a esa pieza insigne de la poesía moderna que Jorge tanto veneraba: *El cementerio marino*, de Paul Valéry.

Mexicali, B.C., a 24 de julio de 2000.

Duelo

A Jorge Alvarado Robles

*Lo busqué y no lo hallé
lo llamé y no me respondió
Cantar de los Cantares*

Contracción de aullidos
 en el polvo
titila limpio
 lastimoso
el descendiente rumor
 de un sol disuelto
De las mil criptas
 renacen ruinas
y un ardor matinal

 ¡Hoy estás muerto!
Todos lo dicen
y yo lo sé por tu ausencia

Gracias
a la vida
 que me dejó conocerte
a Dios
 que nos dejó encontrarte
y al cielo
 donde nos esperas

Claudia Peralta Vega

Sembrando Torres (fragmento)*

Jorge Alvarado Robles

exordio

hubo un tiempo en que el salitre se adueñó de los objetos, su nostálgica presencia invadió
de escamas la membrana de las piedras,
el tiempo se contaba en capas;
las raíces echaban profundos anzuelos y las chozas parecían germinar de las palabras.
los litorales del tiempo se acodaban sobre los surcos,
un arado desfiguraba los monasterios del polvo, como profecías horizontales estallaba el
cultivo entre las esmeriladas siluetas del mediodía.

*tú y yo éramos proceso aún, voz apagada,
vimos a la ciudad levantarse con modorra,
matutina y parturienta, derramada entre chamizos.*

listones de sol, como un puñado de azogue, fracturaban los ojos, hendían sus dedos en el
cementerio invisible del desierto. Fuiste ciudad y punto

*crecimos entre sus manos de mármol,
irónicas marionetas sembrando torres.*

*Sembrando Torres: poemario inédito de la autoría de Jorge Alvarado Robles.

Agradecemos a la Sra. María Robles de Alvarado, habernos proporcionado el material para su publicación.



*lo primero en crecerle fue un balbuceo de naipes
hinojos de roca como pequeños planetas
briznas de hierro para erigir convexos*

—espejos curvados

laberinto—

*y fue como si en una vasija de bronce
se edificaran mandalas sin arrecifes
templos que prometían crecer infinitamente*

*llena de nombres sus avenidas
sus parques cada baldosa
en dos sílabas en dos ojos
se plantó el entrecejo de bautizarla:*

ciudad



*los lindes del polvo son claros
ofrendan
puentes y tumbas de arena*

*de aquí en adelante
la ciudad blindó fronteras
peones
alfiles*

*racimos
en el blanco y negro del yermo*



*una simetría de escombros
desgrana en planos
en geometría y sustancia*

*a mordidas delinea
una arquitectura inquieta
que la pupila desciende en escalinatas*

la defenestra

—suicidio de la retina



*¿cuántos estandartes
cabrían en estas calles
en esta fogata de casas
en este incendio de techos?*

*¿cuántos pétalos
arrodillaríamos en esta tierra
en este jardín enguantado de piedras?*



*en torno a la vacilante epilepsia de sombras
aquel hallazgo nocturno despuebla
un alfabeto de faros encendiendo ambiente*

*una urdimbre de serpientes eléctricas
selva*

*—juntos notamos
que los sueños se nos van por la ventana
que la voluntad se ha blandecido
en este cementerio de cabezas—*



En este húmedo cuarto, entrelazados los dedos como bulevares, sentimos la torre que nos
Crece dentro y con un miedo indecible (huidos de las tinieblas), clavamos estacas al largo
de nuestros cuerpo, y ya no cabe en el pecho ese fragor nocturno con que alzamos
Los hombros como cornetas, para hilvanar de criptas su calistenia de torres,

Uno de los judiciales afectados se dirige al baño pero sorpresivamente se desvía hacia el lugar de los narcos, cubriéndose con los beodos, se aproxima lentamente, saca la pistola mágnium y dispara directo a la cabeza de Nick, quien cae fulminado sobre la mesa. Empieza la confusión, los empujones, la gente voltea mesas y sillas, todo mundo trata de salir apresuradamente del Molino Rojo. Los compañeros de Nick balacean al judicial agresor, dejando heridos a varios parroquianos en su huida.

El ambiente es de gran ajeteo en tanto el compañero del judicial asesinado se aproxima a Emilio, con la pistola lo golpea, el ilegal cae aturdido, el judicial lo arrastra hasta el baño, pretende entregarlo a las autoridades como el autor del crimen.

Al final de la escena la cámara capta la cabeza de Nick Bolas en medio de las colitas de puerco.

18

Dulce Karina y su amigo taxista se preparan para retirarse del Molino Rojo, cuando ven a Absalón que lleva a rastras a Emilio. Dulce Karina ayuda a Emilio y junto con el indio abordan el taxi. En las calles de la madrugada el automóvil se desplaza velozmente.

19

El taxi llega a la Laguna Salada, orillándose fuera de la carretera, descienden del automóvil Emilio y Absalón, quienes son ya buscados por la policía de Mexicali.

Los ilegales pudieron conectarse con un pollero amigo del taxista, a quien le dieron algo de dinero proporcionado por Dulce Karina; el pollero los esperará en el pueblo de Ocotillo, del lado gringo, hasta donde tienen que llegar caminando a través del desierto. Esperan que el pollero los lleve a los campos lechugeros de Brawley, California, y los conecte con algún ranchero. Ambos llevan bolsas de

plástico con una muda de ropa. Absalón lleva también una botella de tequila para el frío. Los vemos caminar bajo una inmensa luna, sus pisadas se escuchan fuertemente, acompañándose con su respiración agitada. En una ocasión tienen que esconderse de un vehículo de la patrulla fronteriza que vigila la zona. Más adelante empiezan a escuchar música de mariachis, al bajar unos pequeños cerros de arena, encuentran a media docena de paisanos ilegales que se dirigen hasta Indio, California; se trata de un grupo de mariachis que cargan con sus instrumentos a través de la fría noche desértica. Ellos cantan para calentarse, bailan solos con su pobreza material.

Al otro día, Emilio y Absalón abordan el automóvil del pollero, quien lleva a tres clientes más, una mujer embarazada y dos niños.

20

En un inmenso campo agrícola de Brawley, peones mexicanos pizcan lechugas. Emilio y Absalón realizan sus actividades confundidos entre los paisanos, ya tienen tres semanas sin problemas.

21

El ranchero que los contrató les permite dormir en un establo abandonado, junto a unos veinte paisanos más, duermen sobre pacas de alfalfa, oyen canciones mexicanas por los radios de baterías de los compañeros. Esta noche están recostados sobre sus tendidos, cuando en un radio se escucha accidentalmente el discurso de un candidato mexicano que aspira a la presidencia de la república; escuchamos sólo un fragmento de sus propuestas pues alguien grita en la oscuridad: ¡Cambien esa madre ...! En la noche los ilegales platican y fuman, algunos observan un televisor de baterías.

En un pequeño bar de mexicanos, Emilio y Absalón juegan en las máquinas electrónicas, se divierten enormemente, uno esquivando autos de carreras, otro disparando a patos que cruzan velozmente por la pantalla, es intenso el sonido de las máquinas, ambos bromean y gritan. Los demás clientes beben calladamente en la barra, es domingo y la cosa se ve calmada.

De repente se escuchan rechinidos de llantas, son los vehículos de la patrulla fronteriza, los agentes de migración llegan hasta el bar para realizar un arresto masivo.

Sin tiempo para huir, Emilio y Absalón son esposados y conducidos en camionetas hacia el centro de detención de indocumentados.

Cuando está por terminar la temporada de pizca, los propios rancheros llaman a la patrulla fronteriza para deshacerse (sin pagarles) de los peones que ya no ocuparán.

23

Emilio y Absalón han sido detectados como ilegales reincidentes, así que las autoridades migratorias estadounidenses los han sentenciado a tres meses en el Centro de Detención de Ilegales ubicado en Imperial, California.

En celdas separadas tendrán que cumplir con su castigo, para después ser deportados de nuevo a México.

Emilio padece un intenso interrogatorio en donde tienen que mentir sobre su identidad y procedencia, trata de pasar como guatemalteco, sin conseguirlo.

Absalón ha adoptado un mutismo total, no dice cosa alguna al ser interrogado. Es recluso en una zona de elementos peligrosos.

24

A los dos meses y medio de prisión, Absalón amanece colgado de una barra de la ventana del baño, vemos su enorme cuerpo balanceándose lentamente.

25

Emilio sufre por la muerte de su amigo. Lo recuerda vendiendo tacos cuando lo llevan en un camión rumbo a la frontera mexicana.

26

Emilio es enviado a México vía Mexicali, lo vemos caminar por la calle de la alambrada, lleva su morral en la espalda.

Al poco tiempo de andar sobre el puente Colorado, llegan hasta él tres tipos mal encarados, salidos de algún callejón perdido en la penumbra. Entre los tres lo golpean salvajemente y le roban algunos dólares que traía consigo.

Después de caminar un buen rato, llega adolorido hasta una banca del parque Constitución Política de los Estados Unidos Mexicanos, y se queda dormido.

27

Es despertado en la mañana por los bocinazos de una fila de autobuses, en donde el candidato oficial a una diputación local realiza su campaña por la ciudad.

Emilio se levanta disponiéndose a cruzar la calle, justo cuando el candidato saca la cabeza por la ventanilla del autobús y sonriente lo saluda, el ilegal contesta la deferencia y con un gesto militar lleva su mano derecha a la cabeza y saluda; en tanto, el judicial que trató de inculparlo del crimen en el Molino Rojo, ahora miembro de la escolta del candidato, se acerca apresurado pistola en mano, para detenerlo.

Emilio lo espera impasible.

¿Por qué llora el prieto Jiménez?

Juan Carlos Ramírez Pimienta

No era la primera vez que íbamos a Disneylandia, pero ahora, en la secundaria, ya era otra cosa. Desde antes de cruzar la línea notamos que Jiménez estaba raro. Se puso muy nervioso a la hora que se subió el oficial de emigración americana. Se nos hizo extraño, todos nos poníamos un poco nerviosos, pero lo de él era otra cosa. En ese momento se lo atribuimos a que era la primera vez que venía de paseo.

Jiménez estaba desde la primaria en el mismo salón que algunos de nosotros, pero nunca había asistido a ningún paseo, ni a Disney, ni a la Montaña Mágica. Ni siquiera a Sea World que nomás costaba cinco dólares con el cupón que te regalaban en los supermercados Limón *en la compra de diez dólares o más*.

Y es que el prieto Jiménez era pobre. De verdad, ¡bien pobre! Sus papás habían llegado de Oaxaca con intenciones de pasarse al otro lado pero se quedaron en Tijuana. No sé por qué. Tal vez porque esta ciudad te atrapa y no te suelta.

Jiménez llegó un día, a mitad del tercer año. No hablaba con nadie, y nadie le hablaba, excepto para burlarse de él por chaparro. Varios años después, aquel día del paseo, se sentó solo en el asiento del autobús. Como a los cinco minutos de pasar la línea, comenzó a llorar. Primero se le pusieron aguados los ojos y después le empezaron a rodar las lágrimas, grandotas. Uno puede ser muy cruel de muchacho y comenzamos a burlarnos. La profesora vino a callarnos y al darse cuenta de lo que pasaba, le preguntó que qué tenía. Hablaron en secreto unos segundos. No sé qué le diría. Luego, la maestra nos dijo que el que le siguiera haciendo burla se iba a quedar en el camión sin entrar al parque, y que no le devolvería su dinero. Eso bastó para que nos calláramos. La verdad, a mí me dio lástima. Me dieron ganas de sentarme con él. Pero me dio miedo. A mí también me podían hacer burla. Me quedé en mi asiento. Pienso que quizá yo no era el único que sentía lástima de Jiménez pero nadie hizo nada por consolarlo. ¿Y qué podíamos hacer? El



prieto Jiménez no entró al parque. Al regreso, lo esperamos media hora en el estacionamiento, hasta que López dijo que bajándose del autobús lo vio hablando con un señor. Luego nos enteramos que Jiménez se quedó a trabajar de ilegal. Entonces

comprendí todo lo que esto significaba. Yo sí era niño todavía. Ahora me doy cuenta del dolor del pobre Jiménez: dejar a su familia a los once años. Ahora sé por qué lloró el prieto Jiménez.

Fallece escritor demente

José Juan Aboytia

Cada día ella sale a la calle, una persona se le acerca para preguntarle su nombre. Está harta, casi no sale, sólo para lo necesario. Visita el exterior para comprar el periódico, ir a misa y dispararle a los carros que tocan el claxon.

Ella recordaba cuando era niña y nadie le preguntaba su nombre, no le interesaba comprar el diario, visitar iglesias ni mucho menos atentar contra el ruido de los carros. Ella salía a jugar, a mirar el sol de frente y otras acciones de niña, pero las cosas habían cambiado. Había crecido y su nombre era de suma importancia. ¿Quién puede entender lo del nombre? ¿De la inutilidad del nombre?

El periódico lo compra en el puesto de revistas y en ocasiones alcanza a lustrarse los zapatos. Lo compra para revisar los obituarios, busca a una persona muerta.

Lo del claxon es algo incomprensible. Su figura apuntando a los carros es una imagen fascinante, es

decir, existe un lujurioso, y ver a ella apuntando, es ver a una mujer desnuda, a un necrófilo, ver a una mujer muerta, a un voyeurista, espiar a una mujer ya sea desnuda, muerta o apuntándole a los carros.

Lo de la misa puede resultar francamente divertido, la gente se entusiasma, duerme, murmura, pone atención, se arrepiente, distrae, recuerda. Se sienta justo en la décima fila, del lado derecho, casi al principio de la banca, ahí ella escucha el sermón, bosteza, reza, se confiesa, sonríe y observa a la gente. Al salir mira sus zapatos impecables y empuña bien su arma.

¿Quién es el muerto? ¿A quién busca en el periódico?

Digamos que el hombre procura sus obsesiones. Si a mí me place escribir, lo hago en un acto hedonista, y a mi alrededor está la escritura, en todas partes encuentro motivos para escribir; en las niñas mirando el sol de frente, que crecen y se convierten

en un misterio, en la gente que camina viendo sus zapatos, en las personas que observan a la gente que camina viendo sus zapatos.

Así, en un arrebatado, el lujurioso, el necrófilo y el voyeurista me exigen el nombre de ella, yo lo ignoro, sólo escribo la historia, pero no les importa. Me agarran y a la fuerza me encierran en una casa. El lujurioso me amarra a una silla y me pregunta. “¿Cuál es su nombre?” “No lo sé” “Sí lo sabes, tú la mirabas desde que era una niña”. Me dice el voyeurista. “No soy como tú” le contesto. El necrófilo sentencia: “Si no sabes... (pone un dedo en el cuello y lo jala suavemente)”. “Espera, —dice el lujurioso— primero

vamos a jugar con él”. Empieza a quitarme la ropa. El que me quiere matar afila unas navajas, el otro, sólo observa y ríe. No aguanto más y les digo desesperadamente que le voy a preguntar, que me den mi ropa, que no me vigilen, que me dejen en paz. Finalmente acceden y me suelta.

Yo ya no quiero escribir la historia, pero es demasiado tarde.

Sale ella a la calle, me le acerco y le pregunto su nombre, ella se colma y en un impulso empuña el arma y dispara. Sus zapatos se manchan de sangre.

A la mañana siguiente compra al periódico, busca al muerto y por fin lo encuentra.



Aventuras de Fito Cota

La inundación de Mexicali en 1906

Óscar Sánchez

—¡Manuel! ¡Manuel, despierta que la casa se está llenando de agua!

Manuel Cota se incorporó en la cama, sus pies se sumergieron en el líquido y eso lo sobresaltó. Por las ventanas, la tenue luminosidad de la madrugada empezaba también a inundar la habitación. Se puso los pantalones y sin buscar los zapatos, él y su mujer se pusieron, rápidamente, a amontonar sobre la cama lo que juzgaron indispensable: ropa, cobijas, trastos de cocina, y con la sábana hizo un gran bulto que cargó sobre su espalda.

—¡Matilde, traite los niños y vámonos!

Ella cargó en los brazos a la pequeña Elenita, tomó al niño que lloraba con el agua casi a la cintura y siguió a su marido.

Salieron, y el alba les permitió ver reflejadas en un enorme espejo, medias casas y medios árboles, las aguas solferinas arrastraban todo lo que podía flotar.

Desde lo alto de un mezquite un gallo anunció el nacimiento del nuevo día. Agarradas a las ramas, temblando de miedo, sus gallinas los veían pasar, tal vez presintiendo la tragedia.

Muchas otras familias también huían de la inundación; los más afortunados iban en carros jalados por caballos; instintivamente todos se dirigían hacia el norte.

—¡El Duque, Manuel! Ya se ha de haber ahogado, no lo veo por ninguna parte.

—No te preocupes, todos los perros saben nadar. Él fue el primero que sintió el agua y con toda seguridad escapó a tiempo.

Subieron a bordo del ferrocarril cuando el agua empezaba a alcanzar a los rieles. Un armón de la compañía ferroviaria que jalaba un tren de pequeñas góndolas, se encargaba de transportar a los damnificados hacia Calexico, en él se fueron Manuel y su familia.

—Lina, ¿cuándo vas a entender que tú no puedes andar con nosotros a todas partes a donde vayamos porque eres una niña? Además, vamos muy lejos, fíjate, tenemos que ir hasta la Chinesca y luego cruzar el río Nuevo, para poder llegar a Pueblo Nuevo.

—¿Verdad, Fito? Dijo Mauro buscando apoyo en su amigo.

—A lo único que le tengo miedo es a cruzar el río, porque no sé nadar, pero tú tampoco sabes ¿Cómo vas a pasar? —agregó Lina.

—¡A jijo, sí es cierto! ¿Cómo vamos a pasar, Fito?

—Pues por un puente. Hay un puente muy gran-

de de madera, como de un kilómetro de largo, que cruza el Río Nuevo y se llama Puente Blanco, por allí pasaremos.

—Ya ves, menso, si tú puedes, yo también puedo ir —le contestó Lina.

—Oye, Fito, y cómo es Pueblo Nuevo —preguntó la niña.

—Es un pueblo muy bonito, porque tiene mucha agua, en cada calle corre un canalito de donde agarra agua la gente. Cada casa tiene una huerta con higueras, duraznos, uvas, naranjas, tunas, por eso vamos para allá, con mi tía Elenita para que nos dé fruta, ella tiene también muchas flores.

—Allá los niños no van a la escuela —comento Mauro—, se la pasan arriba de los árboles comiendo fruta.

—¿A poco se la pasan como changuitos? —agregó Lina.

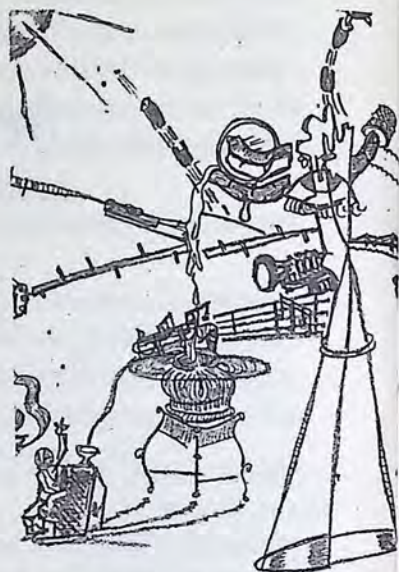
—¡Qué niña tan tonta! —dijo Mauro—, ellos en las noches duermen en sus camas, no duermen en los árboles como los changos. ¡Qué no vaya con nosotros! —dijo dirigiéndose nuevamente a Fito Cota.

—Llévenme, y toda la fruta que yo traiga es para ustedes.

—Bueno, vas a ir —aclaró Fito—, pero nada de que ya me cansé o que tengo mucha sed o que espérenme. ¿Está claro?

—Bueno, está bien. —Contestó Lina con una expresión de aparente resignación en la cara.

Calexico estaba protegido por un alto bordo de tierra que se construyó a su alrededor. Casi toda la gente que vivía en Mexicali, se fue a proteger a ese poblado, sólo dos indígenas cucapá se quedaron allí, acompañados por sus perros: el indio Borrego y el Dos de Bastos, que como indios prácticos habían construido su choza en una protuberancia del terreno. Permanecieron largo tiempo y se les agotaron los alimentos, por lo que la

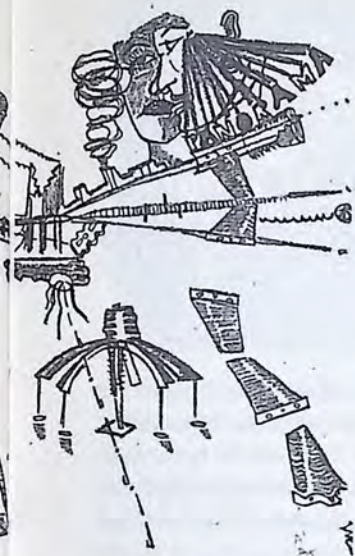


gente murmuraba que para sobrevivir se habían comido los perros.

Borrego era el más conocido entre los primeros habitantes de Mexicali, porque con su pelo hacía una trenza muy larga, que le llegaba hasta los talones. Contaba la gente de aquel tiempo, que su trenza la vendió en un dólar para comprar aguardiente. El indio Borrego contaba que el espíritu del río vivía en el barranco del Río Nuevo y que el agua podía volver cualquier día, porque ésa era su casa.

Los mexicalenses que huían de la inundación se acomodaron con sus parientes y amigos que vivían en Calexico y algunos fueron albergados en la escuela de ese poblado.

Como la inundación no cedía y cada día amenazaba con romper el bordo de defensa, las autoridades de los Estados Unidos decidieron encauzar las aguas, por lo cual, un día se empezaron a escuchar fuertes explosiones, los azorados damnificados vieron cómo del lado de Mexicali una lancha arrojaba cartuchos de dinamita y a cada detonación se levantaba una



columna de agua que alcanzaba una altura como de diez metros. Los impactos se hicieron en línea recta y las aguas empezaron a fluir a mayor velocidad por ahí. A los pocos días se formó un zanjón y las casas quedaron en lo seco. Sin embargo, el nuevo cauce no correspondía al antiguo del Río Nuevo, estaba al este del anterior y era mucho más profundo, que es como lo conocemos actualmente. La corriente del agua arrastró la estación del ferrocarril, la escuelita de la profesora Mercedes Carrillo, parte de la vía del tren y las casas cercanas. Algunas de las construcciones quedaron en la margen oeste del nuevo cauce, en terreno que ahora corresponde a Pueblo Nuevo.

—Oye, Fito, ¿y tú cómo sabes tantas cosas de antes?

—A mí me lo contó mi abuelito Manuel, porque a él y a su familia les tocó la inundación, mi papá y mi tía Elenita estaban muy chiquitos.

Los niños llegaron a la entrada del puente y se recargaron en el barandal, abajo, se encontraba el

fondo del barranco cubierto de pinillo, chamizos y tule, algunas casas de gente humilde asomaban entre el arbusto y al centro fluía hacia los Estados Unidos, sin prisa, el dren urbano de Mexicali.

—Miren, éste es el puente que les platicué, ¿Ven por qué le dicen el puente Blanco? ¿Ven qué tan grande es? Piensen qué tanta agua pasó por aquí. Vámonos ya.

—A mí me da miedo pasar por el puente, está muy alto. —Exclamó Lina con el rostro compungido—. ¿Me dan la mano?

—¡Ya va a empezar esta niña chillona! ¡No te doy la mano, aquí te vas a quedar! —Dijo Mauro.

—¿Tú, Fito? —Suplicó Lina.

—Bueno, ven pero no veas para abajo.

Los tres niños cruzaron el puente, adelante iba Mauro marchando como soldado, atrás, Fito guiaba a Lina, que con paso inseguro caminaba con la mirada fija en el cielo. Por debajo del puente desfilaban recuerdos de otros tiempos.

—¡Fito, mi hijito! ¿Cómo están en tu casa?

—Muy bien, tía Elenita.

—¡Mira cómo vienen sudando! ¿Quieren limonada? ¿Qué andan haciendo?

—Pasábamos por aquí y llegamos a saludarte, —contestó Fito Cota.

—¿Cómo se llama este niño tan bonito?

—No es niño, es Lina, pero lo gusta andar con pantalones y cachucha.

Lina se quitó su gorra de beisbolista y una cascada de rizos calló sobre sus hombros, al mismo tiempo que esbozaba una sonrisa mostrando su colmillo encimado.

Tengo mucha fruta para que coman y lleven a sus casas.

—No, gracias, tía, nada más pasábamos a saludarte.

Mauro miró a su amigo e hizo una mueca de desagrado. Fito volteó la cara con un gesto displicente.

—Anden niños, vayan a la huerta y corten la fruta que quieran. —insistió la tía.

—Bueno, tía, vamos a ir, pero antes platícanos ¿verdad que tú estuviste en la inundación de Mexicali?

—Sí, pero sólo tenía siete años, recuerdo que me dio mucho miedo que nos fuéramos a ahogar, porque se veía agua por todas partes. Decían que todo el Río Colorado se había venido para acá. Nosotros estuvimos viviendo en la escuela de Calexico. Cuando regresamos a Mexicali, mi papá tuvo que hacer otra casa, porque a la nuestra se la había llevado el agua y parece que también a un perro que teníamos que se llamaba Duque.

—¿Cuántos años hace que sucedió eso? —preguntó Lina.

—Hace como treinta y cinco años. También recuerdo otra cosa horrible, eran unas explosiones que hacían retumbar la tierra, como si se fuera a acabar el mundo.

—Oye, tía ¿y tú conociste al indio Borrego?

—Sí, era muy alto, prieto y siempre andaba descalzo. Era muy buena persona y la gente lo quería, se dedicaba a cortar leña de mezquite y la cambiaba por harina o frijol y a veces por mezcal. Después de la inundación, él y su compañero, el Dos de Bastos, se fueron del pueblo. Decía la gente que se habían ido a la sierra a cortar piñones, nunca volvieron.

—A mí me hubiera gustado conocerlos —dijo Lina.

—Ya mero —agregó Mauro— luego te hubieras puesto a llorar de miedo.

Los niños cargados de fruta se despidieron de la tía Elenita y emprendieron el regreso a casa. Refugiado en el viejo barranco, el espíritu del río esperaba, sin prisa, la llegada de otra ocasión para actuar de nuevo.

Penélope

José Pérez Medina

Alineadas a la orilla de un dren, un chorizo de casuchas de paja y barro, cobijaban a los avecindados de un ejido, ellos no tenían tierra ni equipo de labranza, ni derechos de riego, sólo tenían la necesidad de sobrevivir, con sus brazos que alquilaban y el sudor con el que regaban la tierra.

Luisa habitaba una de aquellas casuchas, ella era la madre de dos hijos, una esposa abandonada, porque su marido había emigrado hacia el norte.

Un día le dijo:

—¿Sabes qué, Luisa?, esto no es vida, por más que trabajo no saco ni para mantenerlos, creo que sería mejor que me fuera p'al otro lado.

Los ojos de Luisa ocuparon todas sus cuencas, pero también asaltaron su mente, los ingratos recuerdos de quienes habían emigrado y jamás regresaron.

Pero Martín ya había tomado su decisión.

—Mira Luisa —le decía— me iré para Salinas con mis primos, allí pagan bien la alcachofa.

—Pero—protestaba Luisa— tus hijos te necesitan, ya sabes que a mí, ni caso me hacen.

—No será por mucho tiempo, tal vez unos cuantos meses, y te prometo que desde la primera semana empezaré a mandarte dólares.

Los ruegos y las súplicas de Luisa no lograron que Martín desistiera de su afán de emigrar al paraíso, donde el sudor del peón tñe el papel de verde y la imagen de Washington lo convierte en dólar.

Un domingo, el chorizo de casas amaneció bajo un cielo



gris, Martín se había levantado temprano para encender una fogata en el patio de la choza; en medio de tres adobes crepitaban varios leños.

Después de bañarse vistió sus mejores galas y partió llevando una maleta, las bendiciones de Luisa y el recuerdo del sordo gimoteo de sus hijos, que habían salido a despedirlo.

Luisa dejaba su hogar por las mañanas y se colgaba un saco de lona teñido de rojo por la parte inferior, tirado por ella, reptaba durante todo el día por el lecho de los zurzos flanqueados por tupidos setos de algodón; sus diestras manos arrancaban de los casquillos los niveos copos, para alimentar las fauces de aquella saca insaciable.

Sus hijos recorrían algunos kilómetros a través de campos y veredas para asistir a la escuela, eran los desérticos caminos del Valle, por donde rara vez transitaba un auto. Cuando a la distancia veían una polvareda, que como un gusano avanzaba hacia ellos, saltaban, y hacían señas con su dedo pulgar, suplicando el favor de un *raite*, pero tal vez por falta de espacio o de compasión de los choferes aceleraban, envolviéndolos en un huracán de polvo que al desvanecerse descubría el recio perfil de los dos legionarios que desafiaban al desierto.

Pasaron algunos días, después vinieron los meses y nunca recibió noticia alguna de Martín, pero Luisa no perdía la esperanza, cada semana acudía a buscar su nombre en la lista del correo del poblado. Después de que trancurrieron más de tres años, la Penélope ejidal recibió de parte de un migrante deportado, la noticia de que su Ulises no la había abandonado intencionalmente, sino que el indefenso peón había sido atropellado y herido de gravedad por el mitológico Cupido, de

pronto se vio envuelto en el torbellino de unos ojos negros, era una joven chicana, a quien la justicia del condado de California, había despojado de su marido, acusándolo de robo y adicción.

Por las mañanas, antes de que el sol rociara de luz los campos, Luisa iniciaba el ritual del maíz. Vaciaba el cereal en un metate y con un rítmico golpear de la mano de piedra, hacía surgir el milagro de la masa, sólo sus hijos la oían maldecir con frecuencia.

—A ver cuando chingados junto para comprarme un molino...—aquella voz rebotaba en las paredes de barro, y se escapaba por las ventanas abiertas durante el verano. El anhelo materno, repetido como un lamento había anidado en lo más hondo de la conciencia de Agustín, su hijo mayor.

Habían transcurrido más de diez años, Agustín ya tenía 17, amaba a su madre y odiaba a su padre, por eso al cumplir los 18, decidió ir en su busca, aunque su madre se opusiera.

—Mira hijo, no te vayas, pues con lo poco que ganamos la vamos pasando —le decía suplicante.

—No, mamá, —contestaba iracundo— ese desgraciado tiene que pagar lo que nos hizo pasar, ¡se lo juro! Además, le prometo por esta, —haciendo la cruz con su dedo índice y pulgar— que lo primero que haré, será comprarle un molino, para que no se friegue tanto.

Después de haberlo discutido varias veces, partió Telémaco en busca de su padre. La situación financiera de Luisa mejoró, pero su salud decreció. Se quejaba desde hacía algún tiempo, de un agudo dolor en los riñones que le hacían lanzar alaridos, por lo que fue internada en un sanatorio. Requería que se le hiciera una operación urgente.

La cirugía fue un éxito económico para el sanatorio, pero no para Luisa, quien falleció a los tres días, a consecuencia de una infección.

Consternado, Agustín recibió la noticia. Ese día regresó por la noche a Mexicali. Al día siguiente, un cortejo fúnebre se detenía frente al viejo panteón de un poblado del Valle. Una fosa abierta en la tierra salitrosa esperaba a su huésped. Cuando los operarios hicieron descender el ataúd, algunos deudos se acercaron para lanzar rosas rojas, Agustín se paró en el borde de la fosa dejando escapar de sus ojos gruesas lágrimas y de sus manos un molino del color de las rosas.



El humanismo terreno de Sabines

Benito Gámez

Una de las formas más detonantes de acercarse a la poesía, es vivenciarla como una experiencia que nos precipita hacia nuestra radical interioridad; ese espacio donde se juega el verdadero sentido de nuestro destino, la dimensión de lo que antes se llamaba alma. Acercarse a la poesía es hacerlo al poder central de la vida: al latido cósmico que en la superficie de nuestro planeta toma la forma de este delirio que nos acompaña para cada día sin saberlo casi nunca. Estamos hablando una vez más del alto honor que significa acceder a un poema; de recrear la vivencia poética como un acto de conocimiento alterno que nos viene a enriquecer de una



Un salto hacia la purificación

forma siempre exquisitamente lumínica. Dice la voz del poeta desde la profundidad del segundo circunstancial de la lectura:

¡Qué alegre el día de la
ciudad idiota
(...)
¡Qué alegre el desventurado
día sucio,...

Y uno siente de inmediato que en esa imagen híbrida de maravilla y aspereza se encierra una verdad antigua como el hombre, a la que también tenemos derecho. En la poesía mexicana del siglo XX, Jaime Sabines significa la actualización del eco telúrico que acompaña al pueblo en su destino de flores y corazones sangrantes, de rosas en la nieve y latigazos en la espalda, de bellezas efímeras y dolores perdurables, de ensueños de dignidad y fatalidades políticas perseverantes. "Yo soy, no soy, no he sido...", dice, lamentado mucho más que un destino personal. ¿Qué aporta Sabines a este cauce rumoroso? Un rigor existencial exhaustivo; no habrá piedad para los senti-

En la poesía mexicana del siglo XX, Jaime Sabines significa la actualización del eco telúrico que acompaña al pueblo en su destino de flores y corazones sangrantes, de rosas en la nieve y latigazos en la espalda, de bellezas efímeras y dolores perdurables, de ensueños de dignidad y fatalidades políticas perseverantes

mientos: se les seguirá la pista
que dejen, hasta agotar la
última gota del licor maravillo-
so de la vida:

Señora de la luz, te mando, te
suplico,
Óyeme hablar sin voz,
Oye lo que no he dicho,
Con este amor te amo,
Con este te maldigo,
Tengo en la espalda rota,
Roto un cuchillo

Uno pronto comprende así
que de la mano de esta clase
de minero terminaremos
inevitablemente por arribar al
centro de la tierra, y ahí
calcinarnos con la luz de la
oscuridad o con la oscuridad
de la luz:

Yo lo que quiero es que pase
algo,
que me muera de veras
o que de veras esté fastidiado,
o cuando menos que se caiga el
techo
de mi casa un rato

Reconocido en forma
unánime como el gran
encarnador de la poesía
mexicana, nadie podrá
disputarle a Sabines el honor
de amarrar el vuelo libre de la
imaginación a nuestros
propios huesos, a nuestros
humores más auténticos e
impredecibles; la radical
entrega a la felicidad de un
cuerpo que ya no es más que
la tarde sola. Sabines no es de
los que se quedan a mitad del
camino, termina por conocer a
Dios y al diablo. Cuando llega a
la estación última murmura:

Alguien me habló todos los días
de mi vida
Al oído, despacio, lentamente.
Me dijo ¡vive, vive, vive!
Era la muerte

El humanismo terráqueo
del viejo de mil veranos a la
intemperie —Sabines siempre
ha estado a la intemperie, y
siempre ha tenido sobre él la
vejez del tiempo—, no consiste

en un palco más en el digno
teatro del helenismo, ni
siquiera una continuidad,
siempre noble, del aliento
renacentista y moderno, este
aire prometeico que nos
precipita hacia las rocas donde
el buitre espera. Hay algo de
todo esto, pero el humanismo
de Sabines no es éxtasis; sí
tragedia. No es admiración; sí
solidaridad incondicional.
Sabines es una especie de Walt
Whitman a la inversa: es el gran
demócrata del dolor, del gran
abrazo a la desgarradora
belleza de la vida que siempre
nos dejará en el último beso
todo el dolor del mundo. El
humanismo de Sabines es
saber que la lección más alta
que nos enseña el día es ser un
hombre desvalido en la
intemperie del universo del
amor que se encierra en un
beso de la muerte.

Querías vivir, lo supe. Insistías
en que todo era hermoso, pero
tu sangre caía como un muro

vencido. Tus ojos se apagaban
detrás de ti misma. Cuando
dijiste *volvamos* ya estabas
muerta.

Al final siempre ella,
esperando. Pero en el camino
el hombre tiene que aprender
a ser valiente; saber que hay
mujeres, niños, árboles en las
tardes, soledad en las tiendas
donde se venden telas, madres
que se mueren y después
amanecen en el corazón,
amores imposibles que se
hacen nubes. Que en el camino
está la poesía, como niña,
ninfa, esposa, amazona, madre
y astrónoma divina; y que no
podemos depreciarla. Tene-
mos que vivir hasta la muerte. Y
vivir hasta la muerte es amar
rabiosa o tiernamente hasta el
final. En la poesía mexicana
nadie supera a Sabines en esta
lección existencial.

Tengo ya muchos años
pensando que el caudaloso río
de las horas perdidas en las
absurdas clases de español,
redacción y literatura que
contribuyen a invalidar el
sistema educativo mexicano de
forma tan destacada, debiera
dejarse correr con sabiduría
por el conocimiento vivencial
esencial de algunos autores.

Antologías de lecturas
iniciáticas que nos dispararan



hacia el desarrollo integral de
nuestras potencialidades. Quizá
no estamos muy alejados del
tiempo de los poetas; quizá ya
estamos esperando cómo el
siglo XXI inicia la cátedra de los
visionarios. En esa etapa que
prefiguramos, convocándola
en el más puro éxtasis
pessoano, Sabines deberá
enseñarnos cómo clarificar la
intensidad de nuestro destino.
Con qué paso vamos a seguir
bailando con la muerte en el
tercer milenio, si nuestros

políticos se han dedicado a
hipotecar el proyecto de
nación. Busquemos en los
rincones de la maravilla los
tesoros del misterio. Al final de
cuentas somos plumas, flores,
sombras, signos, seres que se
lleva el viento. Aprendamos en
la poesía los nuevos conjuros
para convertirnos en los
minoicos de la Grecia del
Tercer Milenio. Que cada dolor
del poeta chiapaneco nos abra
un camino al universo.

Cuando Bohórquez era aún Bojórquez

Sergio A. Búrquez R.



Últimamente, no sé por qué, se me antoja pensar que Abigael Bohórquez aún está vivo, aferrado con las uñas a nosotros que lo queríamos, y rasguñando con ellas a los que no; defendiéndose de “la fría” —como llama la Félix a la muerte—, con esa actitud feroz que asumía a veces, como parte de su manera de ser y a través de su literatura, tan él, tan enjundiosa. Se me antoja pensar de su vivencia, no sé por qué, así como en otro tiempo supiera de su querencia, de sus querencias, pues... Hombre tan singular, neologista —y de los

buenos, de los de a de veras, los meramente—, loco y distinguido, era un extraterrestre tan fuera del concepto en que tenemos a tales seres, que bien pudo haber inventado la inmortalidad o descubierto El Dorado, reinaugurando con bombo y platillo, a ritmo de mambo y tambora, con el Ballet de Chelo La Rue como invitado, y Efraín Huerta, Carlos Pellicer y Margarita Paz Paredes, como huéspedes reales.

Si afirmo que está vivo es a través de su literatura, es una paradoja, caer en el lugar común. Me refiero a vivo, de verdad, en serio, emanando esas odas especiales, espaciales, circunstanciales y cinematográficas, ese ruido casi imperceptible al caminar, en actitud aparentemente sumisa, como lo hacen los japoneses, con la cabeza baja. Pero, una vez instalado —imagino—, se erguiría desafiante, con su sonrisa apretada para ocultar sus dientes grandes y dispares, y se acomodaría sus pelos largos, que se dejaba más por comodidad que por estilo. Lo vería vivo y coleando, empinándose un vaso cristalino, de líquido

transparente, tequila tal vez, entrecerrando los ojos vidriosos tras los vidrios de los lentes empañados, haciendo alguna imitación de las cantantes insólitas, increíbles del pasado, platicando de sus amores —que no fueron tantos como pudiera creerse—, de sus amores “de éstos” que se prestan a mil chismes, insidiosos por lo regular, metiches, morbosos y malévolos, y de sus amores mayores, como el de su madre, Virgen en el altar de su hijo y Virgen en el corazón de este unigénito de Santa Sofía, a quien canonizó desde el momento en que posó sus ojos —sin lentes aún— sobre aquel rostro rubio, que intercambió una mirada que lo acompañaría hasta la muerte de ambos, de azul maternal y negro hijezco.

Nos conocimos desde que estábamos chiquitos, porque, créanlo o no, también lo fuimos. Imaginen, íbamos a la primaria y estábamos en el mismo grado, porque tenemos los mismos años... de edad; al irse, se congeló y ya no cumplió años de vivo... aunque ahora tiene ya, desde el 95, tres, de muerto. Pienso que allí se desató el milagro de su talento, que ya no aguantaba el enclaustramiento pueblerino a que obligan los insensibles: le brotó, así nada más, como un oasis misterioso en el desierto.

Yo era listo y él... listísimo... y poeta. Sin embargo, y pese a ese grave defecto suyo, nos llevamos siempre espléndidamente bien. La hora del recreo era, en verdad, de recreo, ya que, entre otras cosas, sobre la arena candente de San Luis Río Colorado, en Sonora, que lo vio crecer, que no nacer, porque otra había sido su cuna, nos sentábamos a observar al Sol, hasta que nos lloraban los ojos, como un reto demente a su luminosidad. El Sol, contra cualquier predicción a favor nuestro, nos vencía, pero la batalla continuaba a diario, hasta que nos dio una enfermedad muy extraña que erradicó el doctor con unas gotas que ardían como el mismísimo Sol.



“¡Mira, un pañuelo de colores!”, me dijo una vez, convencido del fenómeno. Lo que yo veía, desde luego, era una mariposa. Él no, él era poeta. Allí le escuché su primera metáfora, antes de que yo supiera qué demonios era eso... a la que seguirían muchas más.

Favorecía a un minúsculo grupo de sus amigos mostrándole sus escritos, a mano, con letra grande, bellísima, elegante, de personalidad y vigor, fuera de lugar para un poblado de sol como era en aquel entonces San Luis, que nos quemó los ojos.

!Qué *sencío*! —me dijo comiéndose la “ll”, en una ocasión en que estuvo de visita en mi casa en Ciudad Juárez, donde viví algunos años, refiriéndose al de la Emigración que le exigía el pasaporte. Es que en San Luis cruzábamos tan pocos la línea, que ni siquiera nos pedían el tan preciado documento en estos días. La rareza estaba dentro de la *senciez*.

Hombre tan singular, neologista —y de los buenos, de los de a veras, los meramente—, loco y distinguido, era un extraterrestre tan fuera del concepto en que tenemos a tales seres, que bien pudo haber inventado la inmortalidad o descubierto El Dorado, reinaugurando con bombo y platillo, a ritmo de mambo y tambora

Cuando Abigael estaba de broma, era un verdadero agasajo, una pachanga singular, era “el fandango aquí”. Su memoria de elefante, sólo equiparable a su enorme talento, su anecdotario enciclopédico, lo convirtió en una especie de gurú, en torno al cual nos reuníamos sus amigos, sus conocidos, alguna gente de letras... y una que otra gente de pueblo, buena gente, como él mismo, que no conocía las letras ni en la sopa, pero que se la pasaba bien suave. Cuando empezaba a llegar el club de *fans* a su casa —dos cuartos, muy cerca de la avenida Internacional—, impecable de limpia, decorada muy Avant, por decir algo, Sofía, la madre del poeta, una señora güera, bajita, de tez blanca quebrada por el Sol, prefería dejar al grupo e irse a platicar con sus hermanas de ojos azules que vivían cerca con alguna vecina. “Estos muchachos —decía muerta de la risa—, están locos, hablan como pericos”. Bueno, sí, como pericos nosotros, el poeta no, él era canario y cómo cantaba.

Entre la primaria, entre Ciudad Juárez, entre el Distrito Federal, dejaba de verlo, pero luego, nos encontrábamos de nuevo en San Luis, en casa de su tía Blanca, con los gordos Corrales —sus primos—, *en’ca* de las Paulín, lindas amigas que vivían en la algodонера. Y yo aprovechaba mis vacaciones, para ponerme al corriente de sus escritos. “Ay, Abigael, qué cosas se te ocurren”. Sí, ocurrencias prodigiosas las más, lastimosas otras, denunciando algunas, delirantes y amorosas, sarcásticas e irónicas, fuertes y agresivas, pero todas sinceras.

El abandono y desconocimiento por parte del padre ingrato y cruel —a quien le presentaron y se despresentó— no hizo sino acrecentar desmedidamente el amor por la madre, que lo cuidaba, lo mimaba, lo admiraba, mucho lo admiraba, hasta la hacía llorar de admiración.

A su círculo de amistades de diario, le daba sus días libres cuando yo iba de vacaciones, y nos veíamos a todas horas. “Estoy ensayando una obra de teatro, ¿tú crees?, las Paulín son las protagonistas... Y montaba sus tragedias y sus comedias en foros improvisados o en el muy *ad hoc* de los Caballeros de Colón. Todos querían estar en sus obras: los amigos, los vecinos, la profesora Graciela Velázquez, y otros maestros, aunque fuera de partiquinos. Es que Abigael, amigos queridos, ya empezaba a ser famoso.

Era irremediable que se convirtiera también en neologista, porque el idioma le quedó corto, ¡hasta el inglés! Algunas palabras cambiaba de pronunciación y acento, porque “así se escuchan mejor —decía—, los gringos dicen *children*, pero se oye mejor *chaildren*. Cambió las letras de su nombre: Abigail por Abigael, a Bojórquez le quitó la “j” para que no tuviera reminiscencias aragonesas, y la cambió por “h”, que en su apellido se le quitó lo muda. Y sí, sus palabras a la *bobórquez* han tenido una melodía muy particular, a cuyo ritmo nos ha hecho cantar y nos seguirá haciendo.

Vacunado contra la adulación, el homenaje, Abigael, Abi, escribía largas cartas, pero casi no hablaba de sus éxitos. Me enojaba con él porque no me

enviaba con sus cartas algunos de sus libros. Me disgustaba con él cuando, años más tarde, sabía que estaba en la ciudad y no me llamaba. Pero nunca terminamos enojados, nunca.

¿Qué cómo era Abigael Bohórquez? He tratado de describirlo con algunos adjetivos, no todos calificativos, claro, porque también, aunque usted no lo crea, era humano. Pero he llegado a la conclusión, sin embargo, de que Abigael era, es, como sus libros, libre, abierto, ansioso de comunicación, ávido de amor, saboreador, degustador constante de placer.

Su vida fue agitada, supo de lo bonito por algunas temporadas, sobre todo cuando residió en Milpa Alta, tan lejana del desierto y el sol ardiente que fuera Sonora y su propia biografía. La tía Lolita, su segunda madre, lo obligó, por testamento, a regresar a Caborca. Al morir ella, Abigael tuvo en sus manos una pequeña fortuna, que también se esfumó, como cuando vendía flores... naturales, que las ganó por ramos, y de las cuales sobreviven unas cuantas en poder de Blanca, su sobrina favorita, poseedora de sus cosas y de su cariño, que era mucho. Porque Blanca fue, ¿cómo decirlo?, una especie de hija, una forma de recordar a su madre, también güera, también de ojos claros, francota y con una risa fuerte.

Se me antoja pensar, creer, pues, que Abigael Bohórquez aún está entre nosotros. Y, ¡cuidado!, no vaya a saltar por algún lado y nos haga reír... de miedo, como antes nos llenó de amor y emoción.



Vivir es imposible en este caracol de río cuando se contempla la inmóvil percepción de la memoria

Sonia Silva-Rosas

larga es la cadena de la vida para atarnos a qué
Leticia Herrera

¿Cuántas ciudades habitamos realmente? ¿en cuál de todas ellas encontramos lo que perseguimos y en cuál de ellas ahogamos nuestros temores buscando dejar el corazón a salvo? ¿En qué ciudad podemos contemplar *La inmóvil percepción de la memoria* sin que nos haga daño, sin que nos asfixie? Dentro de este universo de confusión y dolor en donde los recuerdos son personajes principales en el ir y venir de nuestra vida, Ofelia Patricia Pérez Sepúlveda (Guadalupe, Nuevo León, 1970) no cesa de preguntarse:

¿A qué sabe, me pregunto, una ciudad
tan fragmentada,
con tantos rostros como lágrimas y ausencias?

¿dónde duele?, insisto,
¿en qué órgano se resiente inclinar el
cuerpo hacia el abismo? (p. 49)

... El abismo... el hombre frente al vacío de su ciudad interior y de una ciudad de concreto que día tras día, en su ritual de sacrificio, lo orilla a la soledad y al dolor, a vivir en los otros, en el resto.

El cuerpo de la ciudad, nuestro cuerpo inmerso en ella. Y es que en Ofelia el poema nace del cuerpo, emerge a partir de miembros y músculos contraídos por la soledad, por el hambre de amor... por el miedo...

Hay un poema, madre, que empieza
con un verbo,

con un ápice, con sólo la mirada de aquel
que se ha bebido el miedo de
estar solo de pie sobre una casa y vuelve
sobre sí,
en medio de su cuerpo, adentro de la noche. (p.46, p.47)

Cada cuerpo representa una congregación de voces, de recuerdos; cada cuerpo es una minuta de historia, un fragmento del tiempo en que transcurre. La memoria representa, en la poesía de Ofelia, la ironía del tiempo; y junto a ella sentimos el dolor del cuerpo al aceptarse efímero, sólo transitar en círculo, el sólo repetirse:

En la memoria, una imagen intermitente,
una construcción imaginaria que día tras
día se repite.

Transitoriamente están los otros, transitoriamente estamos ante los otros;

... es la vida: esa ironía de haber nacido en
Monterrey. (p.49)

...y la aidez de las palabras encuentran consuelo en el seno de la noche: madre que defiende del olvido alimentando en él la memoria. Porque "la noche lo guarece del olvido. La noche es la madre prometida, la amante que aborta en medio de su cuerpo, infecto el corazón de amar se pierde."

En *La inmóvil percepción de la memoria*, Ofelia nos invita a la introspección, al reconocimiento de cada parte de nuestro cuerpo dentro de ese enorme cuerpo dentro del cual transcurre toda nuestra vida: La ciudad. Ciudad y cuerpo... la ciudad y el vientre de la madre tienen mucho en común: ahí nos gestamos, dentro de sus límites crecemos. Para Ofelia Patricia Pérez, la memoria es una calle abierta:

... En este valle
De perros
Y difuntos
Que duermen. (p.57)

En *Caracol de río*, Carmen Alardín (Tampico, Tamps., 1933) habla precisamente de esa ciudad interior que todos llevamos auestas, semejante a un caracol sólo que con una diferencia:

Un caracol sí te conoce.
sabe dónde principia el alma
o terminó su cuerpo. (p. 28)

Dentro del caracol de Carmen podemos esperar días en que no tengamos que morir para cambiar de piel, podemos caminar en espiral y emprender el retorno hacia el principio del alma... hacia el mar y la sal que sanará las heridas.

Caracol de río es un canto al cuerpo, pero no al cuerpo carnal sino más bien al cuerpo espiritual, el alma y su esencia, su génesis a partir del agua: la lluvia, el mar, el río... las lágrimas que derramamos en el diario vivir dentro del caos, de la soledad y de los recuerdos:

Sobrevives
a tu diario holocausto
para esperar el fin.

Un caracol de río.
Ese es el nuestro.
Seguiremos su cauce dando vueltas
a la tormenta y las inundaciones... (p. 32)

Para Carmen es mejor atreverse a ser ceniza, arena, porque sólo de esta manera el mar puede devolver al alma su origen apartándola de las ausencias y de la triste conciencia de saber que siempre hace falta una mañana por vivir, de saber que tiramos peces muertos por las ventanas mientras nuestras alas se derriten... es mejor ser arena, concha olvidada que regresa el mar a las orillas:

El caracol regresa siempre a la playa del
crimen
para atisbar el barco que se perdió en los
huecos
de la equivocación.

El barco que de pronto
regresará para ofrecerte
lo que algún día te negó (p.17)

Caracol de río es una choza en la que los amantes se refugian, el río en el que se dejó olvidado un caracol repleto de noches y carencias por saciar... un caracol es un templo en el que se venera el nombre de algún cuerpo, es el regreso del mar con el corazón entre las manos para vivir un amor silencioso. En *Caracol de río* podemos escuchar la plegaria de Carmen:

Entre corales búscame.
Entre musgos olvídame.

Soy criatura litúrgica
con apariencia cristalina... (p.50)

Para Carmen Alardín todo poema es incompleto, pues sólo las formas naturales logran completar su ciclo... sólo es perfecto el caracol y quien lo conoce "entra a la pila de los elegidos como a su propio mar."

En nosotros se reúnen múltiples ciudades, en cada una de ellas una máscara para cada ocasión, una voz y un costal de recuerdos para llevar auestas durante toda la vida. Tal vez, en alguna de esas ciudades, de repente despertamos abismados y, después de buscarnos en el espejo las ojeras de la rutina, llegamos a la conclusión de que "Vivir es imposi-

ble", y lo es porque no bastan ni el espacio corporal ni las calles de alguna ciudad para contemplar cómo nuestros sueños se secan en fotografías de antaño. Poco a poco nos vamos sintiendo viejos, nos sabemos viejos... nos aceptamos solos, llenos de melancolía, de miedos y soledades nunca saciadas. Así lo plasma.

Leticia Herrera
(Monterrey, N.L., 1969):

la tarde es un añil gastado
en el que coloco el sueño de antier
a que se seque
vuelco los ojos en una fotografía
quebradiza
no me conozco en esos ojos ingenuos
que fui (p. 59)

Leticia Herrera nos orilla a reconocer que somos niños adultos, niños obligados a transformarse en adultos y a buscar una identidad; y, en esa búsqueda, nos alejamos lentamente del núcleo de la familia:

el clan se desdibuja
cada cual busca su identidad
a lo loco a ciegas a tientas
preguntándole al agujero
de la calle
buscando en los basureros
de la melancolía (p.26)

Como en Ofelia, en la poesía de Leticia Herrera el hombre vive en los otros, transcurre en el tiempo de los otros, sólo que ella añade:

se cree en sentimientos en verdades en
momentos extáticos la savia vuelve a ser
conducida y tiene sentido la existencia
pero es pus es trampa de halcones es
llaga
latente es cadalso no hay que besarse
o sí pero fingiendo sin entusiasmo sin

profundizar en el caso sin pensarlo
como si la pulsión como si animales y
nada más (p. 74)

... sólo transcurrir sin sentir, sin "clavarse", como dice la raza, para no caer en la trampa; cargar a nuestros muertos y buscar ocasión para despedirnos de ellos como Dios manda, recibir la madrugada con canciones de la AW y ahogar ciertos temores y nostalgias en el alcohol hasta que el sol doble por la esquina y nos maltrate la mirada... simplemente, "afianzarnos en la sombra del único tiempo de ser uno, sin que el cansancio la incredulidad el cinismo la indiferencia nos separen nos vuelvan a la orfandad de cada quien" (p.73). Y después de agarrarnos bien del "mecate" de la voluntad, no dejar que la tristeza carcoma lo único que queda de nosotros y decir en voz alta:

pero soy sólo yo
con estas mañanas de siempre
y para siempre
con defectos como casas
con esta desconfianza
y aquella desesperanza
y más allá el monte del desaliento
y los sueños perdidos
y el cinismo en las uñas
y la afrentosa voluntad
de no dejarse ahora sí
joder quise decir vencer
por la tristeza. (p.103)

Carmen Alardín, *Caracol de río*, Coedición Verdehalago-Fondo Estatal para la Cultura y las Artes de Nuevo León, No. 9, 1era. Edición, 2000, 69 pp.

Leticia Herrera, *Vivir es imposible*, Coedición Verdehalago-Fondo Estatal para la Cultura y las Artes de Nuevo León, No. 5, 1era. Edición, 2000, 111 pp.

Ofelia Pérez Sepúlveda, *La inmóvil percepción de la memoria*, Coedición Verdehalago-Fondo Estatal para la Cultura y las Artes de Nuevo León, No. 4, 1era. Edición, 2000, pp. 86.

Diván de Mouraria de Mario Bojórquez La palabra, corazón vivo

María Edma Gómez

Diván de Mouraria de Mario Bojórquez¹, es un libro de excelente factura, y a mi parecer, es también uno de los más importantes escritos y publicados últimamente en Baja California. Traducido minuciosamente al portugués por su autor, el poemario trasciende fronteras, para proyectarse a nivel internacional a través de una edición especial realizada para la Casa Fernando Pessoa (Lisboa, Portugal), misma en la que fue presentado el 7 de Diciembre de 1999.

En el corazón de estos poemas, palpitan con la misma intensidad, con el mismo fervor, el odio y el amor, el deseo y la angustia. La poesía de Mario Bojórquez está sostenida en la regia estructura verbal de "Casidas" y "Gacelas", ambas, formas exquisitas de versificar que descienden de la antigua tradición de la lírica árabe. Las primeras permiten manifestar en lenguaje poético, asuntos graves relacionados con las emociones del poeta; las segundas, son cantos al amor que deslumbran por su hermosura. Cito de Gacela de después del amor:

No te aflijas, poeta, si su cuerpo volara
si el jardín aromoso de su vientre volara
si sus dos muslos plenos, dura carne, volaran

si sus ojos temibles, si su boca, volaran
si su sueño y su historia, si su amor y su cama
si sus dientes blanquísimos, si su falda esponjada
si de verdad volara, no habría por qué afligirse
siempre habrá un corazón que le brinde morada
si volara, volara.

En estas páginas late acompasadamente la palabra; corazón vivo; música, cuya vehemente atracción proviene del fervor casi místico con el que el poeta se hace cargo de la sensación amorosa, y de la vitalidad con la que asume la revelación del conocimiento de sí mismo. Cito:

Nos dijeron palabras que sonaban perfectas
abrieron a los ojos nuevas constelaciones
y al oído sonidos, halagadores, sueños
nos dijeron acaso

¹ Mario Bojórquez (Los Mochis, Sinaloa, 1968). Publicaciones: *Pájaros Suelos* (1991); Premio Estatal de Poesía, IBCB; *Los domésticos* (1992), Ediciones Los Domésticos; *Penélope revisitada* (1993), Ediciones Los Domésticos; *Contradanza de pie y de barro* (1996), Premio Nacional de Poesía Enriqueta Ochoa.

que la vida en sus manos
festín sería y contento
y pusimos el alma en la bandeja vacua
del frágil corazón.

De la entraña dolida del hombre, quien se sabe
otro e irrecuperable después de reconocer que ha
perdido el paraíso, surge el canto que devela el ins-
tante de la mutación de su espíritu. En "Casida del
Yo" lo confirman estos versos:

Un corazón alegre
un alegre cantar por entre ruinas
una devastación alegre, alegre
este fui yo/ este cantaba así.

Después de este instante, es otro el que da cuen-
ta de sí mismo. Cito el siguiente fragmento:

Todos tenemos algo que reprocharle al mundo
Su inexacta porción de placer y de melancolía
Su pausada, enojosa, virtud de quedar más allá
en otra parte
donde nuestras manos se cierran con estruendo afe-
rradas al aire de la desilusión;"

Estas verdades que el poeta declara, de alguna
manera son verdades que nos atañen a todos sus
lectores, porque la condición humana es la mis-
ma en todos. Cito: de la Casida de la postergación:

La vida nos engaña, nos obliga
a correr tras fantasmas, apariencias
y en el alto deseo, nos invoca
al desfile de sombras por la sombra
La vida nos engaña,
nos invita
su sola invitación nos causa canas
y dentro del ardor de nuestros órganos



Diván de Mouraria de Mario Bojórquez

el fuego se congela en un instante Nos engaña la vida,
nos engaña
nos acerca a los ojos el fruto apetecido
la codiciosa boca se hace agua
y nuestro corazón, Tántalo ardiente,
estira fallo el cuello
y la sed lo consume."

"Qué frágil corazón para el que sufre angustia/
qué lenta máquina, qué desastrada/ y lenta má-
quina es el corazón." Dice Mario Bojórquez cuan-
do nos refiere su angustia, la cual percibe como
un veneno no deseado. Cito: "Pero el veneno
escalda la lengua más feliz/joh tristes!/ Hablo de
mí, sólo de mí".

Hablo de mí, sólo de mí, puede decir también
el lector cuando inevitablemente a través de la lec-
tura, se apropia de estos poemas; y reitera en las
palabras del poeta: "todos tenemos una partícula
de odio macerando sus jugos/ enmarcando su
alegre floración/ su fruta lánquida.."

Intencionalmente he dejado al final, para hablar de ellas, a las Gacelas; poemas alados, palabras febriles para cantar a la amada, para cantar de la amada: Cito: el siguiente fragmento de "Gacela de la uña taja":

"Y tu lomo febril y el junco de tu cuello/ y el perfume volátil/ vuelto carne concreta, palpitante, encendida/ todo a tiempo y la uña/ lista para tajar..."

Jean Louis Schomberg citando a Federico García Lorca, y su *Diván de Tamarit* afirma: "nada se parece más al canto interminable del ruiseñor que las gacelas (...) fuente nocturna, soleada, inagotable, siempre diversa y siempre la misma poesía sin época, la lírica árabe parece una creación divina en su eterna eternidad"

Poesía sin época, así son las "Gacelas" de Bojórquez, donde la palabra es la vestal del amor, que registra puntualmente los recovecos y sinuosidades de la experiencia amorosa no cumplida. En las "Casidas", la manifestación del alma humana recibe su máxima acepción. Ambas, (Casidas y Gacelas) constituyen un todo creativo, sostenido en la eficaz alianza entre el rigor y la precisión de lo apolíneo y la desbordante sensualidad de lo dionisiaco. *Diván de Mouraria* es una apuesta inteligente, un libro que nos hace vibrar con su verso vigoroso, revelador y siempre actual, que además tiene el poder de seducirnos con el verbo transparente que enmarca el todo de su geografía espiritual.



Fragmento: *El espíritu libre rompe las barreras*

En las lumbrierías de la California

de Aglae Margalli*



Katery Mónica García

"El naufragio de un barco del siglo quince puede ser por la Voluntad de Dios, mientras que un desastre de las mismas proporciones se debería hoy en día a un escandaloso descuido en la construcción, en la navegación, o en el cuidado de las máquinas... Es obvio que no todos habitamos el mismo tiempo."

El arte de la poesía
Ezra Pound

Navegar hoy se ha vuelto otra cosa. Alguna vez fue ver la mar sobre cubierta, esperar de aquella líquida piel azul un porvenir con nombres de otro mundo. Era trepar, una por una y día con día, la ola eterna aguardando a que apareciera la orilla del principio, esa playa aún no descubierta; reconocer en el viento el sabor de la sal y sus peligros; arriesgarlo todo nada más que por un venturoso azar, poniendo en prenda la vida misma; deslizarse sobre la furia y mansedumbre del océano, sujetos al arbitrio de un Dios poseedor de cuanto se haya creado: estar inde-

fensos, simplemente humanos.

No hace mucho sólo quería decir viajar en barco, sentir el mar helado con las propias manos, tocar el espacio con los ojos llenos de horizonte y cielo, botarse a la desmesura de un mundo sin tierra firme por delante; eso era antes y la poeta lo sabe. Por eso *En las lumbrierías de la California* estamos convocados a viajar así, a desplazarnos en otro

* *En las lumbrierías de la California* de Aglae Margalli, Premio Estatal de Literatura 1998 en el género de Poesía, que otorga el Instituto de Cultura de Baja California.

tiempo y navegarlo a través de su poesía, que nos conduce por el periplo vivido por los conquistadores, misioneros y habitantes originarios de esta península, para arribar en el presente de todo lo que encontró al sentir la vida de esa Baja California ancestral, a la que nos acerca para hacerla parte nuestra. Soltar amarras es lo único que resulta indispensable.

Margalli logra expresar, gracias al acto poético la energía y vitalidad de esta tierra y sus vicisitudes, para muchos de nosotros borrosas o desconocidas. Nos revela una visión distinta, ofrece una nueva semilla, brotes de mar que son capaces de germinar en quienes leemos su trabajo poético. Muchas son las estelas que deja su lírica en nuestro corazón de agua marina. Para mí todas son un motivo para acercarme más a su obra que abraza a esta tierra en cada uno de sus versos y que encierra en sus poemas una luz que nos permite conmovernos, alumbrados por lo que esta península ha vivido.

El libro se constituye de tres partes que conservan entre sí cierta autonomía. Tres libros que conforman uno solo. Es la lectura completa de las tres la que permite coligar su unidad y nos hace partícipes del todo creado: un triángulo cuyas aristas están formadas con cada una de las presencias que la poeta llama: La California, sus conquistadores y mi-

sioneros y, por último, los hijos de esta tierra después de la conquista.

No es difícil imaginar que cada uno de sus lados representa la visión particular de esas existencias que compartían un momento históricamente insólito y que vivían esa realidad de modos tan opuestos. Margalli logra, con esta forma, dar con lo que sienten sus protagonistas en el arribo, estadía y trabajos que deben pasar todos ellos en este tramo del devenir humano: entrecruzamiento de dos penínsulas, reconocimiento de distintos mares y de mundos nunca atisbados.

"Imaginerías", título del primer libro, nos presenta a la península y los sucesos acaecidos al encuentro con aquellos seres que arriban a sus playas sin ser llamados, así como la conquista y saqueo que urden la trama inicial donde la geografía y el paisaje los repliegan y los hacen debilitarse y anhelar el regreso a otra península: la de su tierra de origen.

"Los signos de la fe" convocan, en esta segunda parte, los pasos que cubre, cuida y desaparece esta misma geografía, cuando quienes entran son otros seres, los fuertes por la fe y la humildad. Hombres cuyos fines son, en última instancia, los de conquistar también un reino, ése al que llaman divino, fundado en la misericordia y el amor y no en la instalación de un poder terrenal que se edifica sobre las bases de la san-

gre y el sometimiento con armas de muerte.

De esos caminos y del tránsito de los misioneros por ellos, pasamos a la tercera y última parte, "Sueños de arena", que muestra los resultados del encuentro y las marcas irrevocables de esas presencias en suelo californio, imágenes donde la atmósfera y el paisaje se encuentran en duelo y resignación, en el abandono, dentro de una armadura de silencio.

La vegetación, los habitantes y sus hijos viven en donde:

El paisaje
es el espejo desdibujado
en la frontera imaginaria
de dos mundos

Los niños que se le dan a esta tierra ya conquistada por la fuerza y por la fe, son hijos que "nacen a la deriva de la historia".

Para finalizar el libro, la autora dispone un poema cuyo desenlace nos permite respirar, si no aliviados, sí en la apertura de un principio que llega hasta nuestros días, los habitantes venideros, los hijos de estas tierras: nosotros.

**Fragmento tomado del prólogo
del libro *En las lumbrieras de la
California*.**

Gastón Goldsmith

Eclecticismo
Universal



Encontramos en este artista plástico mexicalense, un cúmulo de técnicas libres en el dibujo, la pintura, lo interdisciplinario; un autodidacta, que desde los finales de los años setenta, trabaja con entusiasmo algo que él llama esgrafiado mixto, el collage, la superposición de imágenes mediante la acuarela, el dibujo, plumón y lápiz.

Un artista comprometido con el lado experimental del arte que va de lo rupestre a lo contemporáneo. O. H. V

Thelma Nava: (Ciudad de México) Co-fundadora de la revista *El Rebilete*, fundadora de la revista *Pájaro Cascabel*, ha participado en la dirección de otras importantes revistas. Ha sido incluida en más de veinte antologías, entre ellas *Poesía en Movimiento*, del poeta Octavio Paz. Obtuvo en 1962 el Premio Nacional de Poesía Ramón López Velarde y la preseña Rosario Castellanos de Chiapas, en el marco del Segundo Encuentro de Escritoras 1993. Publicaciones: *La Orfandad del Sueño*, (1964), *Colibrí 59* (1966), *El primer animal* (1986), *El libro de los territorios* (1992) Colaboradora de las revistas *Tierra adentro*, *Perifoneo de Poesía*, *El Cocodrilo Poeta*.

Mario Bojórquez: (Los Mochis Sinaloa 1968) Poeta. Ha coordinado talleres de literatura: Universidades Autónomas de Sinaloa y Baja California, Centro de Estudios Literarios. Fue creador y coordinador del proyecto CEL del ICBC (1991-1996) Publicaciones: *Pájaros sueltos* (ICBC 1991) *La mujer disuelta* (Premio Clemencia Isaura, 1995) *Contradanza de pie y de barro* (Premio Nacional Enriqueta Ochoa 1995) Es compilador del libro *Los Amorosos y otros poemas de Jaime Sabines*. (CECUT 1997).

Aglae Margalli: Poeta tabasqueña, radica en Mexicali, B.C. Publicaciones: *Selva arena* (poesía); *Poemas desde el claustro*, *Historias del lado Izquierdo* y *En las lumbriberías de la Baja California*. Ha recibido el Premio Nacional de Poesía Enriqueta Ochoa (1994) y el Premio Estatal de Poesía (1998) que otorga el ICBC.

Adriana Sing: Poeta y ensayista mexicalense, cantante de *Blues*. Licenciada. en Ciencias de la Comunicación. Publicaciones: *Amores de Arena* (1997 ICBC)

Rosa María Gaxiola: Artista plástica sinaloense, con obra reconocida a nivel nacional e internacional. Poeta con obra

publicada en *Voces de papel* (Casa de la Cultura Mexicali, 2000)

Alejandra Rioseco: Poeta mexicalense, Licenciada en Ciencias de la Comunicación. Recientemente ha publicado su poemario: *El réquiem de las flores* (Ed Malabares 2000)

Tomás Di Bella: Músico y escritor Publicaciones: *Cristalazos* (UABC, 1987); *La poética genealógica*, (Verdehalago, 1999)

Sonia Silva-Rosas: Poeta neoleonesa, editora de la revista *En guardia*.

Horacio Ortiz Villacorta: Poeta tijuaneño (1973) Licenciado en Lenguas y Literatura de Hispanoamérica. Publicaciones: *Elocuencias de un loco*; *Bajo el cielo de la esfera*.

Patricio Bayardo Gómez: Originario de Etzatlán Jal. (1941) reside en Tijuana desde los 18 años de edad. Actual Director del ICBC. Ha sido profesor de la Universidad Autónoma de Baja California. Dirigió la revista *Entorno y Arquetipo*. Escritor y ensayista, Publicaciones: *Teoría del Fronterizo* (1973); *Lenguaje en la frontera* (1974);

El signo de la alambrada (1990); *Tijuana boy* (1991); *Palabras contra el tiempo* (1995); *De tierra mojada al viento norte* (1998)

Benito Gámez: Licenciado en Letras Hispánicas. Ensayista y Poeta. Coordinador de los cursos del Programa de "Lecto-escritura vivencial" impartidos en la UPN. Publicaciones: *Asedio al puerto* (1994)

José Pérez Medina: Narrador mexicalense. Perteneció al Taller de Creación Literaria de la UABC.

Sergio A. Búrquez: Periodista cultural. Se inició en la sección cinematográfica de *Cinema Reporter* y *México Cinema*. Ha colaborado para las revistas: *Gente*, *Cine Novelas*, *Cine Mundial* y para los periódicos *Excelsior*, *La voz de la*

frontera y *La Crónica*. Es productor del programa *Momentos de radio universidad*, entre otros.

Óscar Hernández: Licenciado en Sociología, egresado de la UABC. Escritor y poeta. Publicaciones: *Caldo de pollo*, (1979 UABC, segunda edición 1995 ICBC); *Apelencias del alma* (UABC 1987); *No llores por mi Mexicali* (Ediciones Los Domésticos 1992); *Se vende un gran amor* (Ediciones Los Domésticos 1993) Es fundador y coordinador del Taller de Literatura de la Universidad Autónoma Baja California.

José Juan Aboytia: Poeta mexicalense radicado en Tijuana. Actualmente se desempeña como productor de videos independiente. Su obra ha sido publicada en suplementos culturales y revistas del estado.

Juan Carlos Ramírez Pimienta: Narrador tijuaneño. Actualmente es profesor investigador en la Universidad William Paterson New Jersey EUA

Óscar Sánchez Ramírez: Ingeniero Agrónomo, hasta 1999 se desempeñó como investigador de tiempo completo en el Instituto de Investigación de Geografía e Historia de la Universidad Autónoma de Baja California. Narrador y ensayista.

Publicaciones: *El Wokeruk* (Los Domésticos 1996) *Mi viejo Río Colorado* (Algibe 1999)

Gastón Goldsmith: Artista plástico mexicalense. Su obra pictórica ha sido premiada y expuesta tanto a nivel estatal como nacional. A nivel internacional, ha ilustrado la portada del grupo de rock "Cast".

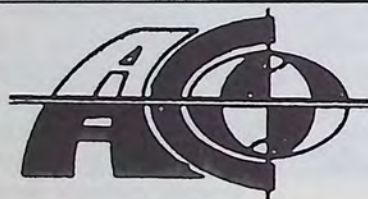
María Edma Gómez: Poeta. Publicaciones: *Las voces del silencio* (UABC 1985); *Imágenes de luz* (Ediciones Los Domésticos 1993); *Canto de muerte* (ICBC 1993); *Yo no soy Eva* (Ediciones Los Domésticos 1994)



*La
casa del
buen Café...*



Pastor Ramos 1661 entre calles H e I, Colonia Nueva, Teléfono 54-1311, Mexicali, B.C.



AGENCIA ADUANAL
CARRASCO

OFICINAS OPERATIVAS:

Calz. Lic. Manuel Gómez M. No. 1592 Fracc. Las Hadas
Mexicali, B.C., C.P. 21216

Tels.: **(65) 65-65-00** con 6 líneas

Fax: **(65) 65-65-77**

Mexicali:

Nuevo puerto fronterizo de inmenso
progreso y punto estratégico hacia
los Estados Unidos.

Rafael Carrasco Córdova
Victoriano Carrasco Córdova

Agentes Aduanales

Toda clase de fianzas

e-mail vcarrasc@sahuaro.mx cetyx.mx

OFICINAS ADMINISTRATIVAS:

Calle Salina Cruz No. 172 Col. Pueblo Nuevo
Mexicali, B. C., C.P. 21120

Tels.: **(65) 53-50-11** con tres líneas

Fax: **(65) 53-56-07**

Novedad editorial

Demasiado claro con oscuro no cuadra a la vista. Sólo a un desprevenido se le puede ocurrir semejante mezcla. No hay más que la hermosura de un cinto de cuero bayo, botas de igual color, con un alazán tostado, eso es lucir, no chingaderas, y si con esta estampa se corta el viento en dos, yendo por algún camino donde las hembras lo miran a uno pasar, sea que laven ropas en los arroyos, sea que se asomen a los portones de sus casas o bien sea que van también por allí por los caminos acompañadas de hermanitos que para nada sirven, cuando de entrecruzar una sonrisa se trata.

(Fragmento de novela)



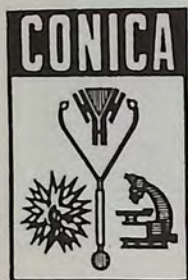
Cortando el viento



Rubén García Benavides

DR SALVADOR TALAMANTES

Especialista en Alergia, Asma e Inmunología Clínica



**Miembro del Consejo Nacional de Inmunología
Clínica y Alergia**

Calle B 146
Mexicali, B.C.

TEL. 52-84-31
Centro

Horario de consulta: 12.00 a.m. a 2.00 p.m. y 6.00 p.m. a 8.00 p.m.



Ediciones Los Domésticos
1998

NEDDAG.DE ANHALT DIONICIO
MORALES MARIA EDMAGOMEZ
MARIO BOJORQUEZ RAQUEL
HUERTA-NAVA OSCAR SANCHEZ
ELIZABETH ALGRAVEZ OSCAR
HERNANDEZ VIVIAN SANCH-
BRAJBASILIO MARTINEZ MIGUEL
ANGEL BENITEZ CASTRO OLGA
ANGULO GUADALUPE BERNAL
FRANCISCO FLORES SARIÑANA
EDITH AVILA ROMO DELIA VAL-
DIVIA SILVIA JAIMES ABIGUEL
BOHORQUEZ CLAUDIA PERALTA
MAS DE 30 TITULOS DE PROXIMA
APARICION: PATRON DE LAS
CIUDADES DE EDGAR AMADOR

Fondo Especial de Fomento a la Lectura de Baja California 2000

En el marco del Programa nacional 1999-2000. Año de la lectura planteado por el presidente de la república, el Gobierno del Estado de Baja California y el Consejo Nacional para la Cultura y las Artes celebraron un convenio para la constitución y funcionamiento del **Fondo Especial de Fomento a la Lectura de Baja California 2000**.

Dicho fondo tiene como objetivo principal el desarrollo de actividades y proyectos del Programa Nacional de Estimulo a la Lectura como son:

- La realización de ferias del libro municipales, estatales, regionales, nacionales e internacionales en la Entidad;
- capacitación de promotores de lectura;
- organización de círculos y salas de lectura;
- dotación de salas de lectura; y
- realización de programas especiales de lectura para poblaciones específicas.



**Todo por
Baja California**

Fondo Especial
de Fomento
a la Lectura
de Baja California

CONACULTA



MINISTERIO
DE CULTURA Y
ARTES DE
BAJA CALIFORNIA



Gobierno del Estado de Baja California

Asesoría y trámites al comercio exterior



Regularizaciones e Importaciones.
En internet www.aacarrillo.com.mx

Bernardo Reyes # 82 Esq. Viticultores Col. Alianza para la Producción Mexicali, B.C. C.P. 21210 Tel. 01 (6) 566-9220 - 566-9050 - 566-9222

correo electronico: www.aacarrillo.com.mx

Nogales, Son.
Blvd. Del Ensueño y Regina Este # 550-5
Col. Lomas de Fatima C.P. 84020
01 (631) 6-1513 y 6-1194

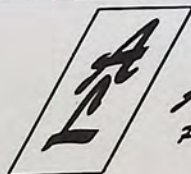
Agua Prieta, Son.
Calle 2 Ave. 4 # 339-105
Zona Centro
01 (633) 8-5486 y 8-6373

Tecate, B.C.
Calle Ortiz Rubio
101-4 C.P. 21400 Zona Centro
01 (665) 4-0123

Sonoyta, Son.
Blvd. B. De Las Américas y
Línea Internacional s/n
01 (651) 2-1649

San Luis R.C., Son.
Av. Carlos # 404
Col. Comercial C.P. 83449
01 (653) 4-9620 y 6-1422

Los Algodones, B.C.
Calle B y Segunda
Interior Plaza Mexlán
01 (651) 7-7906



Ante y Literatura, A.C.
Pasco del Valle No. 1008 - Jardines del Valle
Mexicali, B.C. 21270 - Tel: 65-6249

**EJEMPLAR DE
PROMOCION
PROHIBIDA
SU VENTA**
DIFUSION DE PATRIMONIO
CULTURAL
FONDO ESTABLECIDA PARA LA
CULTURA Y LAS ARTES